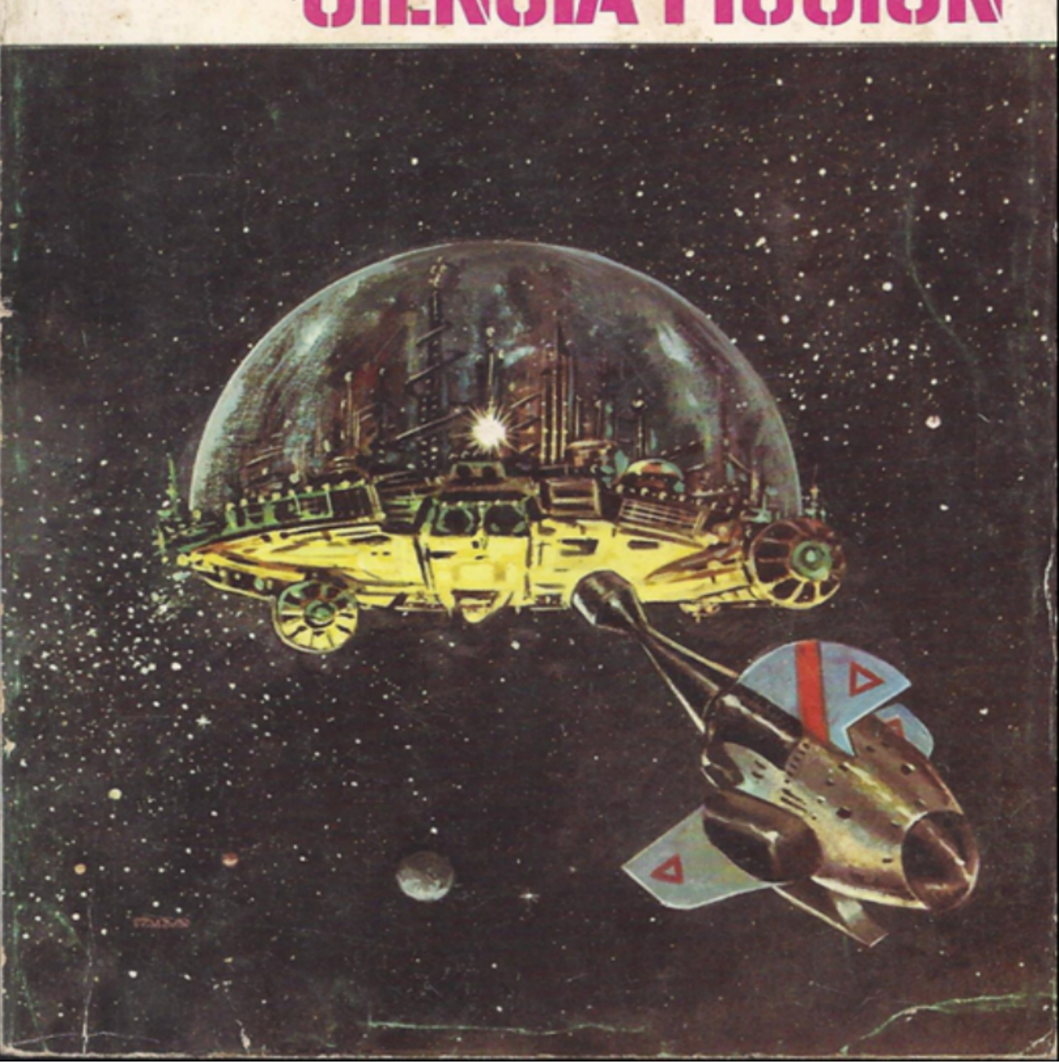
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

"ESPACIOPOLIS"

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





"ESPACIOPOLIS"

Curtis Garland

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

456 – Una guerra en el siglo XXX, *Glenn Parrish*.

457 – ¿Hombres o dioses?, *Clark Carrados*.

458 – Meteoritos invasores, *Ralph Barby*.

459 – El planeta fantasma, *Joseph Berna*.

460 – Negras aguas de muerte, *Kelltom McIntire*.

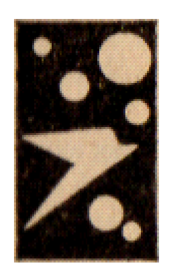
CURTIS
GARLAND

ESPACIOPOLIS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 461

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 15.010 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1979

© Curtis Garland - 1979

texto

© Salvador Fabá - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Aparentemente era una nave comercial.

Una más de las que hacían su habitual travesía hacia los grandes mercados de la galaxia. Pero la misión rutinaria de cualquier patrullero cósmico era comprobar ese punto cuidadosamente. En especial, en los últimos tiempos, con la proliferación de la piratería espacial.

El era uno de esos patrulleros. Su tarea era velar por la seguridad de las grandes rutas estelares. Por eso, apenas descubrió a la nave de inofensivo aspecto, en vuelo regular y sin ninguna apariencia de signo inquietante, procedió Como marcaban las ordenanzas, de un modo tan estricto como rutinario.

Proyectó la luz roja de su faro sobre la nave, al tiempo que conectaba el sistema de conexión fonovisual interna, y en su pantalla aparecía el rostro inexpresivo y vulgar de, un hombre azul.

—Eso no tenía nada de extraño, porque la mayoría de los comerciantes eran siempre hombres azules de Azagar y de Blaustern. O casi siempre.

—Identifíquese —dijo con tono monocorde el patrullero espacial Moldaw, pulsando el grabador de informes rutinarios.

—Nave comercial patente AX-1002, matrícula QZD-28-109 —le respondió la voz del hombre azul amablemente—. Vuelo autorizado hacia los mercados de Aggarán, con tarjeta de control D6-KF 82-0060.

—Perfecto —asintió el patrullero Moldaw, tras una rápida comprobación de matrículas y controles en su pantalla electrónica—. Código oficial de ruta, por favor.

El hombre azul sonrió indiferente y respondió:

—«Mil estrellas azules brillan en la Galaxia, hacia el sur.»

Y sin esperar siquiera su visto bueno, cortó la conexión. Ante la visual del patrullero, la nave comercial siguió su vuelo apaciblemente, sin una sola alteración.

Pero .Moldaw se había puesto súbitamente rígido. Sus ojos brillaron, clavados en la pantalla ahora cruzada por las interferencias espaciales.

El hombre azul había cometido un error. Un grave error.

No era un comerciante vulgar. Se había delatado a sí mismo.

Moldaw recordó las palabras recibidas por el conducto de emergencia que ningún pirata espacial podía interferir:

«Esta vez, vamos a cambiar todos los Códigos del Período Estelar 576. Serán substituidos automáticamente por los correspondientes al Período 579. Todos los comerciantes espaciales están advertidos. Sólo las naves piratas desconocerán la alteración, y eso facilitará su identificación.»

El nunca había creído en la eficacia de esa medida. Los malditos piratas de la Galaxia, aquellos rufianes que parecían saberlo todo y eran capaces de engañar a los patrulleros con la mayor facilidad, tendrían un medio de enterarse de que los Códigos eran nuevos. Bastaría con suplir los actuales por los del Período 579, para que no fuese posible identificarles.

Y he aquí, sin embargo, que la realidad desmentía sus temores rotundamente.

Aquélla era una nave pirata. El hombre azul de su pequeña pantalla de comunicación era un farsante. Un pirata. Había utilizado el Código equivocado. Ignoraba el cambio. Por tanto, se había delatado a sí mismo irremisiblemente.

Ahora sabía lo que tenía que hacer. Pulsó el botón de emergencia. La luz roja se hizo intermitente. Y lanzó la nave directamente hacia el vehículo aparentemente comercial, con sus manos apoyadas en los pulsadores de disparo. Al mismo tiempo, de los emisores de sonido de su nave-patrulla, brotó el aullido inconfundible de alarma. Era el aviso para que su antagonista supiera que no había cuartel.

La orden recibida era tajante: había que aniquilar a toda nave pirata. Eran asesinos despiadados, y numerosos comerciantes honrados habían dejado su vida y su rica mercancía de lejanos y exóticos planetas en sus manos, cuando fueron atacados por aquella lacra espacial. Los centros de Seguridad Espacial de la Galaxia habían dado tiempo atrás una orden escueta y definitiva a sus patrulleros:

—Cuando localicen una nave pirata... ¡tiren a matar! Sin cuartel ni concesiones, o ellos se aprovecharán de la debilidad de ustedes. Están avisados. Tratar de ser humanitarios con esa gentuza significa abrirse la propia tumba sin remedio. Ellos nunca tienen piedad ni dan cuartel a sus víctimas, ténganlo presente.

Ahora el patrullero Moldaw sabía cuál era su misión. No le gustaba llevarla a cabo. Pero tenía que hacerlo. No existía otro remedio.

Y atacó. Sin cuartel. Sin piedad.

Atacó como estaba obligado a hacerlo con los piratas del espacio, temibles y peligrosos asesinos que nunca vacilaban en cometer los-peores crímenes, con tal de salir adelante en sus proyectos de expolio, robo y desvalijamiento de comerciantes, de viajeros adinerados y hasta de centros comerciales de cualquiera de los planetas de la Galaxia.

Pero Moldaw era un hombre humanitario. No se sentía capaz de iniciar su ataque sin un previo aviso, por si el enemigo prefería rendirse sin lucha. Así, abrió de nuevo el comunicador, para avisar fríamente:

—Código equivocado. Hemos detectado la verdadera naturaleza de esa nave. Entréguese, o será destruido. Este disparo es sólo un simple aviso.

Y pulsó el disparador.

Uno de los ocultos cañones de la nave de patrulla emergió como una lengua viperina del fuselaje deslumbrante de su nave. Y vomitó una larga estría centelleante, una carga fotónica que hizo impacto en el vacío, a escasa distancia sobre la supuesta nave comercial.

Esta se tambaleó, debajo de la repentina guirnalda deslumbrante de chispazos cegadores. Una descarga que, de haber alcanzado a la nave pirata, la hubiese pulverizado sin remedio.

Esa nave osciló, se tambaleó con violencia durante varias veces, a

impulsos de la proximidad del estallido. La respuesta no se hizo esperar.

Y no tuvo nada de alentadora ni de prudente.

De la supuesta nave comercial, brotó una llamarada roja. Hendió el vacío como una centella, y sólo la prevención de Moldaw, el Patrullero Espacial, salvó a éste y a su vehículo cósmico del mortal impacto de aquel fogonazo deslumbrador, que tiñó de escarlata violento una amplia zona del espacio. Unos instantes antes de ocurrir eso, Moldaw había accionado sus mandos, cambiando vertiginosamente de posición, y eludiendo así fácilmente la agresiva réplica de su adversario.

—Lo siento —se endureció su gesto, fija la mirada en la otra nave, a través del amplio visor de su vehículo astral—. Yo avisé ya. Ahora sé a qué atenerme... y lo que ocurra será tu culpa.

Cerró el comunicador y maniobró para eludir otro posible ataque enemigo. Lo hizo muy a tiempo!.El pirata hacía evolucionar velozmente a su propio vehículo, situándolo muy a tiempo, encima de él, y lanzando simultáneamente una descarga múltiple de sus cañones verticales.

Alrededor de Moldaw reventaron poderosas granadas nucleares, que hicieron bailotear en la noche eterna de los cielos las llamaradas impresionantes de sus proyectiles. Pero ninguno de éstos hizo impacto directo sobre el cohete de los Servicios de Seguridad, si bien éste fue zarandeado como por un invisible brazo gigantesco, y las luces a bordo parpadearon, estando a punto de extinguirse.

Maldijo entre dientes Moldaw, eludiendo nuevamente otro inmediato acoso enemigo, y pensando que había valorado erróneamente la capacidad de maniobra de la falsa nave comercial. Cierto que eran vehículos ligeros y de fácil desplazamiento, pero no era menos cierto que no poseían habitualmente una artillería tan poderosa y eficaz como la que exhibía en estos momentos su misterioso adversario.

Obviamente, pensó Moldaw, el pirata había hecho cargar la falsa nave comercial con baterías potentes de ataque y contraataque, para una emergencia como la actual. Estaban dispuestos los corsarios del espacio a plantar cara a cualquiera, sin la menor vacilación ni el más pequeño complejo. Tal vez, pensó, no debía haberle advertido de sus intenciones. Eso fue un error, porque puso sobre aviso a.los temibles

adversarios. Pero por otro lado, se sentía en paz con su conciencia. Era el único punto positivo de su excesivamente noble actitud con un puñado de los peores criminales que se podían hallar en el Cosmos.

Ahora estaba maniobrando no sólo para eludir de nuevo otro furioso ataque de los piratas, sino también para buscar posición adecuada que le diese una cierta ventaja sobre la nave enemiga. Para algo disponía él de una clase de vehículo especialmente diseñado para cualquier enfrentamiento con enemigos de la ley espacial.

Logró eludir una zona donde sólo dos o tres segundos después de haber permanecido estallaron varias cargas térmicas, capaces de derretir el metal más poderoso, convirtiéndolo en simples goterones de aleación fundida. Maldijo entre dientes la existencia de un arsenal tan poderoso en manos de los piratas. Poseían armas fotónicas, atómicas y térmicas, y sabían cómo utilizarlas. Un patrullero menos experimentado y hábil que Dork Moldaw hubiese encontrado fácilmente la muerte en esta ocasión.

Pero ahora era diferente. Muy diferente. Tenía ya la verticalidad obtenida, encima mismo de la nave enemiga que, al advertir la circunstancia, inició con rapidez un giro en espiral, intentando escabullirse de tan amenazadora posición. Moldaw sonrió, apretando las mandíbulas con energía, fija su mirada en la pantalla y en las coordenadas que coincidían sobre el punto luminoso señalado en la pantalla detectora de naves enemigas.

Apretó los pulsadores. Los tubos lanza-cohetes de su nave vomitaron fuego, humo y estruendo aterrador. Vibró la nave patrullera, a causa de la poderosa y múltiple descarga lanzada sobre el pirata espacial.

Este había sido de nuevo muy astuto. Y sumamente hábil. Pero no lo suficiente como para salvar del todo el tremendo acoso de Moldaw.

Evitó varios de los mortíferos impactos. Pero no todos.

Y una llamarada súbita acusó el impacto decisivo. Se desgarró la estructura metálica de la supuesta nave comercial, alcanzada en su parte lateral superior. La estabilidad del vehículo herido se alteró evidentemente. Osciló de lado, empezando a inclinarse peligrosamente, escorado en su trayectoria, y perdido el equilibrio.

El fuego empezó a .adueñarse del interior de la nave tocada, en medio de bruscos chisporroteos. En la pantalla de comunicación apareció inesperadamente la señal de llamada por el canal de máxima

emergencia.

Sin desviar su atención del vehículo dañado, contempló la pantalla y pulsó las teclas de conexión, mientras mantenía el vuelo sin despegarse del enemigo, sobre el cual sus cañones permanecían proyectados amenazadoramente. Ahora, Ia capacidad de maniobra del rival estaba reducida a la mínima expresión, y el daño a bordo debía de ser muy considerable.

Apareció la imagen en pantalla. Pero surcada por numerosas interferencias y ondulaciones deformantes, así como pésimamente iluminada. Obviamente, gran parte de la iluminación interior de la falsa nave comercial estaba averiada e inútil.

Pero eso no fue todo lo que reveló la imagen del visor. El hombre de piel azul estaba herido. Sangraba abundantemente de una herida en la frente. Tenía la expresión furiosa. Ante él, chisporroteaban unos cuadros de mandos, evidentemente dañados también.

—Necesito comunicar con usted —dijo la voz del falso comerciante —. Es urgente.

—Bien. Ya hay comunicación. Hable.

—Yo apenas si veo imagen. Y oigo muy mal, muy lejano...

—Debe tener dañado el sistema de comunicación exterior.

—Tengo dañado casi todo. Es un milagro que estemos vivos. Pega usted duro, amigo.

—Forma parte de mi obligación. Le avisé antes. Si se hubiera rendido, esto no sucedería.

—Yo no hablo sólo de mí. Hay más gente a bordo.

—Lo supongo. Piratas, como usted. ¿Van a rendirse? Les enviaré una mininave de salvamento, si se deciden. No irán muy lejos con esa nave en su actual estado.

—Lo sé mejor que nadie —rió ásperamente el herido—. El aire está escapando. Dentro de poco los depósitos de reserva de oxígeno se habrán agotado. También empieza a fallar la temperatura. Y la gravedad interior. Esto será un feo ataúd dentro de poco.

—Bien. ¿Se rinden?

—No hay otro remedio. Pero no somos lo que cree. Estoy solo aquí dentro. Quiero decir que soy el único pirata a bordo.

—¿No dijo que había más gente a bordo?

—Sí, Dos prisioneros.

—¿Prisioneros? ¿Quiénes? Usted es un hombre azul, un comerciante. Eso no tiene mucho sentido, en apariencia…

—Entiendo su desconcierto. Soy un mutante. Adopté esta apariencia para engañar a los patrulleros con quienes me comunicara por medio de pantalla visual. Mis prisioneros son realmente dos comerciantes. Intentaré que los vea, Patrullero.

Accionó el objetivo de televisión de a bordo, pero con bastantes dificultades. Logró por fin una borrosa e imperfecta visión de un ángulo diferente de la nave. Moldaw lanzó una interjección de asombro.

El pirata mutante tenía razón. Había dos cautivos a bordo. Les pudo contemplar, ligados a unos asientos metálicos, por medio de bandas plásticas adhesivas.

Eran un hombre y una mujer.

Ambos de los pueblos azules de los planetas del comercio y la mercadería. Un hombretón de piel azul, fornido y de rostro amable y asustadizo. Una mujer esbelta, hermosa, de piel azulada y ojos oscuros. Su presencia en una nave comercial le resultaba a Moldaw incongruente. Las mujeres no acostumbraban a viajar a los mercados planetarios. Eran viajes tan largos como dificultosos y llenos de riesgos. Aquí estaba una de sus evidencias. Ahora ella era prisionera de un pirata mutante, al lado del hombre que la acompañaba y que podía ser su hermano, su padre… o su esposo.

—Ya los veo —dijo Moldaw, pensativo, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué puedo hacer yo por ellos? Son tus cautivos. Si decides morir, les condenas a ellos sin remedio. Debiste pensar en eso cuando aceptaste la lucha.

—Te creí más fácil de vencer, maldito patrullero —refunfuñó el corsario espacial—, Pero eso ya no tiene remedio. Si eres un buen defensor de Ia ley, tendrás que evitar que ellos mueran víctimas de tus propios proyectiles.

—No les disparé a ellos, sino a ti, un pirata —Moldaw apretó los labios con fuerza—. De todos modos, pueden salvarse. Y tú también. ¿Vas a rendirte?

—No tengo más remedio. Eso, o morir. Y no me gusta la muerte, Patrullero. Sí, me rindo. Espero que .nos envíes una pequeña nave salvadora.

—En seguida será con vosotros, dotada de un equipo de respiración. No intentes truco alguno. La nave es autopropulsada. Yo estaré aquí, vigilándote con mis cañones. Si llega el caso, aun lamentándolo mucho, tendría que remachar el ataque… acabando con las vidas de todos vosotros. No hay cuartel para los piratas que mienten y fingen, una vez entregados a la ley, recuérdalo.

—Está bien, está bien, malditos seáis todos los patrulleros de la Brigada Espacial —se irritó el pirata—. Juro por el nombre sagrado de Zanak, el Pirata, que es el mío, que me entrego a vosotros sin trucos. Pero que mientras tenga vida, intentaré escapar y ser libre nuevamente, aunque sólo sea para acabar contigo'.

Tosió violentamente, con los ojos enrojecidos. Evidentemente, el aire comenzaba a ser irrespirable en la nave comercial. Moldaw sonrió, inclinándose sobre los mandos. Pulsó el resorte rojo que disparaba a la micronave de salvamento, tras marcar en la pantalla magnética las coordenadas de su ruta y destino.

Se abrió el negro vientre metálico de Ia nave espacial de patrulla, emergiendo de ella, como de una nodriza, la forma esbelta, alargada y roja, de la nave de salvamento. Partió, majestuosa y rápida, hendiendo el negro vacío estrellado. Se encaminó como una flecha escarlata, rumbo a la averiada y cada vez más oscilante nave comercial, paralizada en el espacio por el ataque demoledor de la nave patrullera.

Se posó suavemente, adherida a la metálica envoltura desgarrada. Unos conductos de oxígeno, proyectaron su benéfico chorro hacia el interior, renovando muy a tiempo el viciado aire que allí se respiraba.

De otro punto de la nave salvadora, emergió un cable que descendió automáticamente, provisto de un sistema de ventosas, hasta adherirse al fondo del vehículo dominado por el pirata Zanak.

Este se incorporó, respirando con fuerza el aire renovado. Avanzó hacia sus cautivos, y les soltó las ligaduras, mostrándoles el cable que conducía a la nave salvadora.

—Vamos —ordenó—. Tenemos que salir de aquí. Estáis libres tu hija y tú. Que el diablo os lleve en mala hora por la fortuna que habéis tenido.

—Fortuna que tú compartes —dijo irónicamente el hombre azul, mirando al que ahora parecía ser de su misma raza, pero que él sabía se trataba solamente de un simple mutante que adoptara anteriormente su misma apariencia física.

—Bueno, no discutamos eso. Arriba, pronto. Esta nave se va a ir al infierno muy pronto. Ya no se puede respirar siquiera dentro de ella.

—Mi pobre nave... —se lamentó el comerciante, mirándola desolado—. Aunque el Seguro del Comercio Interplanetario me facilite otra igual, ya no será lo mismo. Había llegado a tomar cariño a este trasto...

—Olvídalo, papá —le confortó su hija—. Lo importante es salvar la vida. Más tarde irás tomando cariño a- la nueva nave que te den a cambio de ésta. Vamos, esto empieza, a ponerse peligroso. La presión interior puede quebrarse de pronto, y eso nos haría morir súbitamente.

Los tres subieron por el cable, hasta la nave roja, cuyo fuselaje se abrió, aceptándoles en su interior. Se acomodaron en los asientos horizontales situados dentro de la angosta nave, y cerró el pirata Zanak la puerta herméticamente.

—¿Dispuestos? —sonó la voz de Moldaw a través del comunicador de a bordo.

—Dispuestos todos —asintió el pirata, ajustándose los cinturones de seguridad, lo mismo que sus dos cautivos—. Cuando quiera, patrullero.

El cable se enroscó de nuevo. Las ventosas dejaron de presionar el fuselaje de la otra estructura metálica. Y comenzó el lento despegue, de retorno a la nave patrullera' de. Ia Seguridad Espacial.

. Moldaw había vencido al pirata y rescatado a sus dos prisioneros., A sus espaldas, quedaba ya la nave desgarrada, que iba alejándose en el vacío, dando lentos tumbos.

La nave roja, lentamente, ascendió, manipulada a distancia por Moldaw. Luego, muy despacio, fue siendo absorbida por el vientre abierto del vehículo patrullero.

Rápido, el joven guardián espacial aseguró las puertas de la pequeña nave, de modo que nadie pudiera salir de ella. Luego, tomó su arma de la funda, y avanzó resueltamente hacia la zona del compartimento-nodriza, donde permanecía la nave roja con sus ocupantes. No quería conceder al herido pirata ni la más ligera oportunidad.

Descendió los escalones móviles hasta la panza crudamente iluminada de su nave, y se dispuso hacer salir a los ocupantes del vehículo rojo, pero con su pistola de rayos térmicos apuntando hacia la salida del mismo, por lo que pudiera suceder.

—Ahora, adelante —invitó con voz fría—. Vayan saliendo de ahí. Usted con los brazos en alto, lejos de su cuerpo, Zanak. No me obligue a disparar… porque lo haría sin la menor vacilación. Salga usted el primero. Ya está advertido.

La puerta se abrió silenciosamente. Zanak asomó, brazos en alto, con un asomo de sonrisa en su rostro, actualmente azul todavía, y manchado por Ía sangre de su herida.

—No tiene que disparar, amigo —dijo irónicamente—. No me siento con fuerzas para pelear. Pero no se fíe por eso. No voy a ser para usted un prisionero cómodo, ya se lo aviso.

—Es muy honrado para venir de labios de un pirata —rió Moldaw —. Lo tendré en cuenta, se lo aseguro. Ahora, suban todos a la cabina. El diagnosticador clínico les examinará, por si sufren algún daño especial.

En silencio, los tres ocupantes echaron a andar hacia la planta alta de la nave patrullera. Moldaw lo hizo junto al pirata, manteniéndole encañonado. Durante unos breves segundos, la oscura mirada de la hermosa muchacha de piel azulada se había fijado con cierta sorpresa en el arrogante astronauta de uniforme azul brillante y casco rojo, con el emblema de los Sistemas de Seguridad de la Galaxia, como sorprendida de que el solitario policía espacial fuese tan joven, tan atractivo y dueño de sí en una situación tan difícil hasta poco antes.

Moldaw no pudo evitar tampoco una mirada a la bellísima desconocida.

CAPITULO II

El vuelo proseguía normalmente.

Ante Moldaw, el gran tablero espacial luminoso marcaba la trayectoria de vuelo, siguiendo las coordenadas de ruta prevista. En la pantalla electrónica de visión exterior la imagen grandiosa del vacío estelar, con sus nebulosas remotas, sus manchas de luz, sus núcleos planetarios, sus zonas de oscuridad hermética y de claridad cósmica, era como un panorama de fantasía inconmensurable. Y, sin embargo, era su terreno, su mundo, su campo de lucha cotidiana. Allí vivía y se movía, como si formase parte de aquel vacío salpicado de astros, soles y mundos. Y allí tenía que velar él porque la ley se respetase, por encima de fronteras espaciales y de distancias celestes. Era la Ley Galáctica, que ellos, los Patrulleros del Espacio, debían de hacer respetar.

A su lado, ahora, tenía unos singulares compañeros de viaje. Les estudió de soslayo, mientras continuaba en ruta, perdido ya en la distancia el 'averiado cohete espacial propiedad del comerciante capturado por Zanak, el pirata.

Había emitido su informe a la Central de Seguridad, y la orden había sido concreta: seguir viaje, llevando cautivo al pirata y ocupándose de la seguridad de los dos viajeros rescatados.

Durante su trayecto, otra nave de patrulla más amplia, se reuniría con él, para recoger a los improvisados viajeros.

Pero ese momento tardaría forzosamente en llegar. Mientras, debería atender como un buen anfitrión, a los tres personajes. Con su natural diferencia de trato, por supuesto.

—Preferiría que adoptara su forma normal —dijo el comerciante, tras un largo silencio, mirando huraño al pirata—. No me gusta ver que un granuja como usted aparente ser de mi raza.

—Me encuentro cómodo así —rió el pirata, burlonamente, tocándose la frente herida—. Es posible que no cambie de apariencia hasta presentarme ante los tribunales.

—Eso no es justo —se quejó el comerciante—. Ni siquiera creo que sea legal, ¿no es cierto, señor patrullero?

—No puedo obligarle, con la ley en la mano, a volver a su aspecto natural —se encogió de hombros Moldaw—, Lo máximo que pueden hacer es exigírselo cuando comparezca ante los jueces. Eso sí es obligado. Mientras tanto, puede adoptar la apariencia que le guste a él. Es la ventaja que tienen los mutantes. Si se empeñan, no cambian nunca de aspecto, salvo cuando los legisladores les someten a los rayos de la máquina de identificación. De esa prueba, no escapa mutante alguno.

—¿Y hemos de soportar esa máscara durante todo el viaje, sabiendo que él es totalmente diferente a nosotros? —se lamentó el buen hombre. \

—Si eso le divierte a él… —Moldaw meneó la cabeza y estudió ceñudo a su prisionero—. Porque es evidente que parece divertirle, ¿no?

—En cierto modo —admitió el pirata—. De todos modos, patrullero, mi aspecto real no es tan feo como pueden sugerir las palabras de ese caballero. Incluso soy un humanoide, de modo que no tengo nada de qué avergonzarme.

—Yo no he dicho nada1 al respecto —fue la observación de Moldaw con seco tono. Miró a la pareja de seres de piel azul,, y añadió con diferente entonación—: ¿Se encuentran bien los dos?

—Sí, muy bien, gracias —asintió él—. De no ser por usted, no sé lo que nos hubiera ocurrido en poder de ese salvaje. Quería reunirse con los suyos y llevarnos adonde ellos se refugian. Seguro que el muy pillo pensaba pedir un rescate por nosotros.

—Creo que pueden asegurarlo —sonrió Moldaw—. Los piratas espaciales son gente que no tiene escrúpulos de ninguna clase. ¿Dónde les sorprendió?

—Saliendo del planeta lllian con el cargamento de piedras rosadas, tejidos de seda de Ishtar y juegos magnéticos de nuevos modelos. Se introdujo en nuestra nave y se apoderó de ella por la fuerza de sus armas. Quería burlar la vigilancia espacial, reuniéndose con la flotilla pirata de sus enemigos.

—Esa flotilla me preocupa —comentó secamente Moldaw, mirando de soslayo al indiferente cautivo—. Si viajan en formación, pueden resultar peligrosos. Aunque supongo que otras patrullas deben andar buscándoles ya. ¿Cuál era su idea?

—Bloquear las rutas comerciales hacia Aggarán, y asaltar a todos los comerciantes que allí nos dirigimos con motivo de las ferias planetarias de! Nuevo Sol.

—Imaginaba algo así. No debe temer nada por sus compañeros comerciantes y mercaderes, ni por la propia seguridad de Aggarán y sus mercados —explicó Moldaw—. Los patrulleros controlan aquella zona en estos momentos.

—Menos mal —resopló el comerciante azul—. Serían capaces de arruinar el mercado y provocar el pánico en las rutas comerciales.

—A mí hay -cosas que me preocupan más que la mercancía y el dinero, padre —terció repentinamente la joven de rara belleza, con un tono de voz profundo y sedoso, que causaba placer escuchar—. Creo que son las vidas humanas las que deben protegerse a toda costa.

—Cierto, señorita —asintió Moldaw, con agrado—. Es lo primero que tenemos que proteger en cualquier caso. Una mercancía o un dinero pueden ser sustituidos siempre. Una vida, jamás. Por fortuna, estos rufianes del espacio no son demasiado feroces, y siempre que pueden procuran perdonar la vida a sus víctimas. Pero no todos son igual, desgraciadamente. Existe gente como el temido Yamil.

—¿Yamil? —ella abrió mucho sus grandes y rasgados ojos color violeta oscuro—. ¿Quién es él?

—Un pirata. El peor de todos. Un asesino nato. Tiene más de cien crímenes en su conciencia... si es que tiene conciencia realmente. Es suerte que no fuese él quien cayera sobre ustedes. Jamás hace prisioneros. Los asesina.

—Qué horror... —se estremeció el mercader—, ¿Y no pueden dar caza a ese monstruo?

Zanak se echó a reír en ese punto. Todos le miraron.

—¿Capturar a Yamil? —habló el prisionero, riendo todavía—. Vamos, vamos, ¿están locos? Es escurridizo como un reptil, astuto como un felino de las selvas de Yokkur, y ágil y rápido corno las fieras aladas del planeta Thor. No es fácil que ningún patrullero llegue a apresar a Yamil.

—Ya lo han oído —suspiró Moldaw, sin expresión en su rostro viril, anguloso—. Uno de sus camaradas ha hecho un buen retrato de él.

—Eh, pero no crean que yo trabajo con Yamil —protestó Zanak—. El patrullero tuvo razón. El es un asesino. Los demás piratas le tememos tanto como pueden temerle los propios mercaderes. Creo que goza matando. Es un ser despiadado y feroz. Pero muy valeroso y capaz. No me gustaría encontrarme con él, la verdad. Es un tipo solitario, y sospecho que ni siquiera '.abría serle fiel a un compañero de profesión. Cuanto más lejos esté uno de Yamil, tanto mejor.

—Realmente debe de ser un individuo temible —se estremeció ella —. Personalmente, no podremos ser muy duros mi padre y yo con este otro, porque nos trató bien en todo momento, y no usó la fuerza contra nosotros ni un solo instante.

—Eso le favorecerá bastante a Zanak, ante sus jueces —manifestó secamente Moldaw—. Pero no podrá librarle de una buena temporada en un asteroide de penados, por supuesto.

—Oh, esos malditos asteroides... —se lamentó Zanak, torciendo el gesto de su falso rostro de hombre azul de Azagar o de Blaustern, los planetas donde nadan humanoides de piel azul y rara capacidad para el comercio interplanetario—. Estuve dos veces en ellos, cumpliendo condena. La primera vez durante un trienio. En la segunda, debía de cumplir una década, pero pude escapar. Supongo que ahora me añadirán los años que faltan a mi nueva condena...

—Y alguno más de recargo, sin duda —admitió Moldaw, pensativo.

—Pobre hombre... —suspiró ella, compasiva, mirando al prisionero —. ¿Cuánto tiempo calcula que permanecerá cautivo en uno de esos asteroides?

—No sé —Moldaw hizo un encogimiento de hombros—. Tal vez quince años o más. Años del planeta central, por supuesto. Períodos de seis estaciones, exactamente, como está legislado en el calendario interplanetario del Sistema Solar Central de nuestra Galaxia.

—Quince años... —ella meneó la cabeza—. Aunque sea el culpable de lo sucedido a nuestra nave, lamento que la ley sea tan dura con él.

—Tiene que serlo. De otro modo, proliferarían más aún estos rufianes del cielo —sonrió el patrullero, con aire distraído.

—Usted no sabe lo que es vivir en un asteroide de castigo, patrullero —se quejó el cautivo amargamente—. Cada día, cada período de tiempo, es un infierno interminable. Me gustaría más haber muerto en esa nave, que ir a parar a esos asteroides del diablo.

—Usted se rindió, Zanak. Sabía lo que hacía.

—No podía hacer otra cosa. Estaban ellos dos a bordo —señaló a los que fueran sus cautivos.

—¿De modo que por ellos prefirió entregarse a morir? —Moldaw estudió el rostro azul del mutante. Añadió, ante el silencio de su prisionero—: Tal vez diga la verdad. Cuando menos, obró como dice. Si me es posible, intercederé por usted en ese juicio, Zanak. Es todo lo que yo podría hacer.

—Se lo agradezco —dijo con inesperada cordialidad el prisionero, aunque su mirada parecía vagar por el vacío, sin fijarse en nadie concreto—. Sí, se lo agradezco mucho, patrullero, aunque no sirva de gran cosa.

Reinó el silencio en la nave de patrulla durante un espacio de tiempo. Moldaw avisó a sus viajeros en un determinado momento:

—Si tienen apetito, pueden almorzar cuando gusten. Los servicios automáticos están en esa compuerta del fondo. Hay cierta variedad de platos, para lo que es un menú espacial habitualmente.

—¿Usted también almorzará ahora? —quiso saber la joven de piel azul.

—Sí, será lo mejor —asintió Moldaw, situando los mandos automáticos de control en la nave, y volviéndose hacia ellos—. Comeremos todos a la vez. Le soltaré las manos, Zanak, pero sujetaré su cintura al asiento.

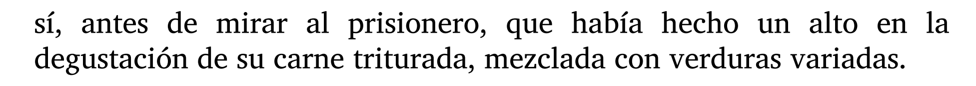
—Bueno, mientras pueda comer sin problemas... —sonrió el cautivo.

Poco después, todos ellos almorzaban en sus bandejitas de platos combinados, a base de alimentos concentrados, y dotados de sabor especial, y bebían con la comida aquello que más les apetecía, ya fuese cerveza, vino dorado' de Jorkan o simple zumo de frutos tropicales de las selvas de Yokkur. Pero todo ello, siempre, a base de mezclar con agua- los productos previamente deshidratados.

De repente, Zanak hizo una pregunta:

—¿Alguno de ustedes cree en la existencia de Espaciópolis?

Con sorpresa, Moldaw y sus compañeros de vuelo se miraron entre


sí, antes de mirar al prisionero, que había hecho un alto en la degustación de su carne triturada, mezclada con verduras variadas.

—¿Espaciópolis? —repitió el mercader con extrañeza.

—He oído hablar de ella —asintió la muchacha—. Como se oye hablar del Sol de los Dioses o de la morada del Creador. Son lugares que nunca se han visto, ni se sabe dónde están, si existen realmente.

—Espaciópolis no existe —rechazó Moldaw firmemente—. No figura en carta celeste alguna, ni siquiera en las de la ultragalaxia accesible por nuestras supernaves.

—Cierto —admitió el mercader—. No existe. Todo el mundo ha oído hablar de Espaciópolis. Pero como dice mi hija, es una simple leyenda, una fantasía de los habitantes de la Galaxia. Nada real ni tangible.

El prisionero saboreó su comida unos instantes en silencio. Luego tomó un sorbo de vino, se echó atrás en el asiento, con aire complacido, y sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Espaciópolis existe —afirmó, rotundo—. Yo lo sé.

Otra vez se miraron Moldaw y los dos comerciantes, padre e hija. El silencio era de incredulidad, de total escepticismo. El comerciante rió, moviendo la cabeza.

—No debería de tomar vino —le aconsejó al pirata—. A veces produce esos efectos.

—No estoy ebrio ni loco —se irritó Zanak—. Dije que Espaciópolis existe. Es la pura verdad.

—No diga tonterías —le replicó Moldaw secamente—. Espaciópolis es pura leyenda. Un mito de navegantes del espacio. Nadie la ha visto nunca. Y usted tampoco.

—Eso es cierto. Nunca la vi, Pero sé dónde está.

Los ojos inquisitivos del patrullero le miraron burlones.

—Si eso fuese cierto, Zanak, no estaría asaltando comerciantes para robarles —le espetó—. Espaciópolis, si existiera, bastaría para convertir a usted y a miles de hombres como usted en las personas más ricas del universo.

—Claro. Pero no es tan sencillo llegar. Ni siquiera su nave podría hacerlo.

—Oh, entiendo. Hace falta llegar a otra Dimensión o algo parecido, ¿no? —rió Moldaw, divertido.

—Búrlese cuanto quiera, pero yo sé que esa ciudad maravillosa y única existe. Yo sé dónde encontrarla, si me fuese posible utilizar la nave adecuada. Espaciópolis no es una leyenda. Es un lugar en el Cosmos. La más bella y rica ciudad jamás conocida en la historia del Universo.

—Según la leyenda, es mucho más que eso —dijo el patrullero burlonamente—. La única ciudad capaz de sostenerse en el vacío cósmico sin siquiera un planeta que la sostenga. Una plataforma gigantesca, flotando entre las estrellas, y llevando en su superficie una urbe fabulosa, mantenida en el vacío por medio de una energía desconocida, que la hace permanecer siempre en equilibrio perfecto, armoniosamente emplazada entre planetas y soles, y rodeada por una barrera magnética que la protege de intrusos y de enemigos. Espaciópolis es todo eso, y más aún.

—Yo he oído decir que posee riquezas de fábula, que los metales preciosos, las gemas más valiosas y los medios energéticos más deslumbrantes y poderosos, forman de ella un auténtico emporio, un mítico paraíso donde todo es posible y donde todo pertenece a sus habitantes, que desconocen la codicia, la maldad y el odio.

—Pero donde los todopoderosos Señores de la Justicia y el Orden controlan la vida de los súbditos y las riquezas del lugar —Mencionó Zanak, pensativo—. Esos sacerdotes rigen con el máximo rigor y autoridad esa ciudad, impidiendo que ladrones y personas con afán de lucro penetren en ella con ideas de violencia.

—Es un bonito cuento. Pero nada más —suspiró Moldaw—. Vean todas las cartas celestes que existen. Recorran el Universo habitable de nuestra Galaxia con los mapas más detallados, y no verán en parte alguna la existencia de un lugar llamado Espaciópolis. La fabulosa Ciudad del Espacio no existe. Ni jamás ha existido, salvo en la imaginación de poetas, soñadores y gentes que imaginan imposibles.

—Eso es lo que ustedes dicen. Lo que yo mismo decía antes de saber lo que sé —protestó Zanak—, Pero ahora es diferente. Ahora sé que en alguna parte no imaginada por nadie, Espaciópolis aguarda a sus visitantes, ofreciéndoles generosamente sus riquezas, sus placeres

y su vida exuberante de maravillas. Allí, si uno es honrado y fiel cumplidor de las leyes de los Señores de la Justicia y el Orden, nadie pregunta quién es ni de dónde viene. Y puede quedarse a vivir hasta el fin de sus días, gozando de todos esos bienes comunes a todos.

—Tú no podrías vivir honradamente ni siquiera en esa mítica ciudad —rió Moldaw irónicamente—. De modo que deja de soñar.

—Puestos a suponer que todo lo que se dice de la Ciudad del Espacio fuese cierto, no olvidemos que en Espaciópolis, el tiempo no existe —les recordó burlonamente el mercader—, Por tanto, quien tuviese el privilegio de llegar allí, sabría que goza de una vida virtualmente eterna, o que podríamos medir por centurias, ya que el desplazamiento constante de Espaciópolis, y su independencia de todo sistema solar y de todo equilibrio gravitatorio, la hace permanecer al margen del Tiempo, como un auténtico manada! de juventud.

—La eterna juventud me preocupa menos —dijo Zanak, encogiéndose de hombros—. Pero me gustaría llegar allí alguna vez… y no volver nunca más al mundo que conozco.

—Bien, creo que hemos entretenido el almuerzo con una conversación poco habitual —rió Moldaw, incorporándose tras haber vaciado su bandejita de alimentos concentrados—. Y todo ello, gracias a que el amigo Zanak tiene incluso imaginación y fantasía…

Rieron todos, menos el prisionero, que parecía malhumorado porque nadie creyera sus palabras. E insistió, molesto, cuando volvieron a atarle las muñecas con ligaduras magnéticas que se adherían automáticamente a su piel:

—Allá ustedes con su incredulidad, amigos. Pero yo sé que Espaciópolis existe en alguna parte. Y no renuncio a llegar a ella de alguna forma… Sólo tengo que recordar lo que dijo Mujfay antes de morir…

—¿Mujfay? —repitió Moldaw, con gesto irónico—. ¿Quién era ése? ¿Otro pirata soñador?

—No, patrullero. Mujfay era un habitante de Espaciópolis. Faltó a la ley, y fue expulsado. Apenas salió de la Ciudad del Espacio, envejeció como le correspondía en un mundo normal. Yo lo encontré cuando agonizaba junto al planeta Altax. Y él me confió el secreto de la existencia de Espació-polis, su emplazamiento durante el próximo período, y la forma de llegar a él…

—Eso es lo más fantástico que jamás oí —comentó el comerciante —. De modo que te dijo dónde está la Ciudad del Espacio, cómo llegar a ella y todo eso. ¿Y cómo no te has decidido a seguir esas instrucciones y gozar de todos los bienes de ese paraíso?

—Ya dije que no es fácil llegar. Requiere ciertos medios que no poseo. Pero sueño con llegar a tenerlos alguna vez. El pobre Mujfay murió poco después. Lo sepulté en Altax, y me prometí a mí mismo que si alguna vez llegaba a esa ciudad fabulosa, no cometería en ella delito alguno que me hiciera ser desterrado por los sacerdotes. Mujfay murió triste, penosamente, llorando por su paraíso perdido...

—O él o tú estaba loco de remate —farfulló el comerciante—. O ambos a la vez.

—Déjalo, padre —le interrumpió su hija—. Es hermoso soñar, y creer que existe un lugar así, después de todo. No sólo Zanak, sino todos nosotros, necesitaríamos a veces tener fe en la existencia de un sitio semejante. Y creer que algún día podíamos alcanzarlo y ser felices.

—Usted me comprende, señorita —suspiró el prisionero, mirándola esperanzado—. Y usted sabe lo que quiero decir, aunque no lo crea del todo. ¿Sabe una cosa? Según aquel infortunado... Ia fe puede ser el mejor camino para llegar a Espaciópolis. Fue lo último que dijo antes de expirar. Pero nunca pudo aclarármelo del todo, precisamente por eso.

—La fe puede ser el mejor camino para llegar a Espació-polis... —repitió ella.

—Me temo que la fe no mueve una nave espacial más allá de los límites conocidos —sonrió Moldaw, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No soñemos imposibles. Es más importante vivir en este mundo, nos guste o no, y... ¡Eh! ¿Qué es eso?

Su exclamación había brotado al ver ante sí un repentino parpadeo de luz roja en la pantalla del computador central.

Inmediatamente, en la pantalla aparecieron unos grandes caracteres electrónicos, advirtiendo al joven patrullero y a sus compañeros de viaje, al tiempo que sonaba un zumbido irritante en toda la nave;

ALARMA TOTAL
PELIGRO

—¿Qué sucede? —indagó, asustado, el comerciante.

—No lo sé, pero no puede ser nada bueno, a menos que se haya averiado el computador, cosa que no creo —manifestó roncamente Moldaw, precipitándose hacia los controles y accionando todos los lectores y sensores de la nave.

En la pantalla gigante apareció una imagen nítida del exterior, al tiempo que en el mapa celeste luminoso se dibujaban una serie de puntos en formación, brillando con luz roja, y creciendo.de intensidad.

Lanzó Moldaw una imprecación. Padre e hija vieron que palidecía ligeramente, y sus facciones se endurecían. El pirata clavó sus preocupados ojos en la pantalla visora, donde ya eran perceptibles varios cuerpos celestes de metal oscuro y brillante, en perfecta formación triangular, avanzando hacia ellos.

—¿Quiénes son? —se inquietó el comerciante, señalándolos.

—No lo sé, pero lo sospecho —manifestó ceñudo el patrullero, que rápidamente pulsó en una teclas correspondientes a la conexión con emisoras y naves patrulleras de Seguridad, solicitando ayuda en la emergencia.

Pero la señal no surgió. Moldaw, alarmado, lo intentó de nuevo con igual resultado negativo. Se volvió a sus compañeros de viaje, preocupado.

—No puedo comunicar con mis compañeros ni con la Central de Seguridad —dijo ásperamente—. Eso significa que nos han envuelto en una red magnética que inutiliza las señales de comunicación. Por eso funcionó la alarma.

—Pero... pero entonces esas naves son...

—¿Piratas? —Moldaw asintió, sombrío—. Mucho me temo que sí. Pero no son naves de las habitualmente utilizadas por ellos. Tal vez las robaron a alguna formación de tipo militar. Su diseño no me es conocido. Pero sus intenciones no son buenas, estoy seguro de ellos. De todos modos, trataré de comunicar con ellos.

Pulsó una serie de botones, buscando comunicar con los aparecidos en pantalla. Obtuvo respuesta esta vez. Un zumbido prolongado. Luego, de repente, en pantalla, surgió un rostro.

Zanak lanzó una sorda imprecación desde su asiento:

—¡Yamil! —gritó—. ¡Ese es Yamil, el asesino!

Padre e hija se abrazaron, alarmados y angustiados ante aquella faz del mutante pirata que, contra lo que hacía Zanak, mostraba su verdadera naturaleza de humanoide diferente a ellos, de cráneo oval, macabra fealdad que hacía recordar una calavera, y piel apergaminada, color amarillo. Los ojos, de un rojo oscuro, eran malignos y oblicuos de trazo.

—Patrullero, estás reducido a la impotencia —avisó la voz triunfal de Yamil, el pirata asesino—. Mi flotilla de supernaves te ha rodeado de un campo magnético que no puedes atravesar ni con tus armas ni con tus medios de comunicación. Si ahora comunicas conmigo es porque he abierto un solo canal de conexión en esa barrera magnética en que estás apresado. No puedes desplazarte en ninguna dirección ni disparar.

—Yamil, ¿qué pretendes con esto? —silabeó Moldaw.

—Vaya, veo que me conoces —rió el asesino, contrayendo su rostro con una fealdad repulsiva—. Bien, patrullero. Deberías conocer la respuesta. Odio a los policías más que a nadie. Os odio a todos los que patrulláis, persiguiendo a los piratas. Deseo destruiros. Y eso es lo que voy a hacer. Cuando pulverice tu nave, seguiré viaje, en busca de otras, hasta limpiar la Galaxia de patrullas de Seguridad, ¿has entendido?

—Espera, Yamil —le cortó Moldaw—. No sacrifiques a quienes viajan conmigo, por tu simple odio hacia mí. He recogido a unos viajeros en mi ruta. Son un padre y una hija por un lado… y un pirata como tú en el otro. Trasládalos a tu nave, y luego destrózame si lo deseas. Pero ellos no deben sufrir daño.

Yamil soltó una agria carcajada. Evidentemente, accionó su visor, para descubrir a los compañeros de viaje de Moldaw. Reflejó su desprecio e indiferencia en el acto:

—¿Esperas que me moleste en salvar a un rufián de poca monta y a un par de mercaderes azules? Vamos, vamos, tú bromeas. Voy a pulverizaros a todos en un momento.

—Eso es monstruoso. Un crimen incalificable, Yamil.

—¡Vete al diablo! —graznó el asesino, mirándole colérico—. Me tiene sin cuidado cómo califiques mis acciones, estúpido. Yo hago lo que quiero, ¿está claro? Ahora soy poderoso. Me he apoderado de esta flotilla de supernaves militares del Sistema Solar de Vurdan. Y las conduciré contra todas las patrullas existentes, hasta limpiar el cielo de ratas miserables. ¡Seré el más poderoso pirata de los cielos! ¡Me haré dueño de todo cuanto ambiciono! ¡Nadie puede destruir mi flotilla de supernaves!

—¿De modo que el lobo solitario se ha unido a otros canallas como él para fortalecerse? —replicó Moldaw, .despectivo.

—Imbécil, no aciertas nada —le insultó Yamil, radian-

te—. ¿Es que no te das cuenta? Sigo viajando solo, sigo siendo el lobo solitario de siempre... ¡Estas naves se mueven accionadas todas por mí, a distancia! ¡No llevan sino un piloto-robot a quien yo programo y controlo, en cada una de ellas! ¡Obedecen ciegamente mis órdenes, y matan y destruyen a quien yo señalo, sin una objeción! ¡Yo, Yamil, con mi flotilla de supernaves tripuladas por piloto-robot, seré el pirata más poderoso de la Galaxia! Estas naves estaban en plan experimental, y sólo un genio de la piratería como yo podía apoderarse de ellas. Ahora soy el más fuerte... ¡el único! Buen viaje al infierno, cerdos...

Se miraron todos, desesperadamente. Sabían lo que iba a seguir.

Yamil no daba cuartel. No tenía piedad.

Su imagen se borró de la pantalla, entre risotadas. Lo que iba a seguir era inevitable.

La muerte para todos. De un momento a otro, la liviana nave patrullera estallaría en mil pedazos, alcanzada por aquella temible flotilla de supernaves automáticas, al servicio de un criminal implacable...

CAPITULO III

Moldaw sabía que no existía salida posible contra la poderosa artillería del pirata. Aquellas modernas naves, dirigidas automáticamente por medio de robots especializados, tripularían a cualquier patrullero en circunstancias normales.

Y, sin embargo, tenía que hacer algo. Tenía que intentarlo todo en aquellos decisivos instantes, puesto que todo estaba perdido de antemano. Cualquier cosa sería mejor que morir cruzado de brazos, sin intentar siquiera una defensa tan desesperada como inútil.

Por eso lo intentó. Porque ya no había nada que perder… ni tampoco esperaba que hubiese absolutamente nada que ganar.

Presionó con exasperación las teclas de su tablero de mandos, en la zona situada en un segmento rojo de máxima emergencia. Eran todos los sistemas de que disponía para intentar lo imposible.

Simultáneamente, su nave puso en acción los escasos medios de que disponía frente al impenetrable campo magnético que le separaba de las naves enemigas. Los tres compañeros de viaje, fijos sus angustiados ojos en las pantallas y visores, le veían ahora maniobrar, pensando que estaba loco al intentar algo frente a la amenaza mortal.

Así, en un mismo momento, el vehículo espacial de la policía cósmica sufrió una violenta sacudida, saliendo disparado de la zona donde se hallaba situado, y una barrera protectora se formó en su fuselaje. Del mismo modo, a causa de la múltiple acción de los dedos de Moldaw sobre el teclado de mandos, sus conductos de emergencia vomitaron un denso humo escarlata, que envolvió a la nave en una algodonosa y creciente forma que lo hacía invisible a todo ataque exterior. Y, por fin, a través de una serie de disparadores que emergieron súbitamente en su envoltura, salieron sibilantes proyectiles de pequeño calibre, destinados al atacar al enemigo.

Por supuesto, Moldaw sabía que esto último no era factible, a causa de la barrera magnética, pero cuando menos, al estallar contra esa barrera, formaron a su vez .otra especie de violenta zona de luz centelleante, en medio de un poderoso estruendo que debió agitar a las naves enemigas con violencia. Estas, entretanto, abrían ya fuego sobre el patrullero.

Pero la densa nube de humo rojo impedía centrar con exactitud el blanco, ya que en medio de la espesa humareda, cada vez más amplia e impenetrable, podía ir evolucionando el joven policía, ciegamente pero con alguna eficacia para eludir los poderosos proyectiles

enemigos.

Sintieron silbar y estallar éstos, tan próximos a ellos, que no sólo bailoteó con fuerza la pequeña nave, sino que a su alrededor chisporrotearon de pronto algunos mandos y paneles, y las luces del interior parpadearon, extinguiéndose finalmente en gran parte.

Una penumbra amenazadora invadió el interior del vehículo patrullero. Los tableros electrónicos emitían chispazos, y algunos paneles ardían ya con llamas azuladas. La escena era pavorosa.

—Este es el fin... —jadeó el comerciante, abrazando despavorido a su hija.

—¿Qué otra cosa podía esperarse? —fue el murmullo de Moldaw —. Es .Io mínimo que pudo ocurrimos. En la próxima andanada, nos pulverizará. Apenas nos toque uno solo de sus proyectiles, estaremos perdidos definitivamente. Ni siquiera nos enteraremos en esa ocasión, amigos...

Caminó tambaleante por la cabina, y soltó las ligaduras magnéticas de! prisionero, que le miró sorprendido.

—¿Por qué hace esto? —preguntó el pirata Zanak.

—Vamos a morir todos juntos- —dijo el policía—, ¿Para qué hacerlo como cautivo? Es preferible que todos estemos en igualdad de condiciones...

Zanak se frotó las muñecas. Cerca de ellos estalló otro proyectil, y la nave se bamboleó de forma brusca, arrojándole! contra las paredes. Otras luces se apagaron, y sólo pudieron seguir viendo a la débil claridad de unas pantallas rojas en el muro. Incluso la pantalla del visor estalló, en medio de un fogonazo deslumbrante, y se quedaron desconectados con el exterior.

—Hemos empezado a perder energía por algún desgarro —dijo Moldaw—. Esto se acaba ya, amigos...

. Zanak se había precipitado sobre los controles, tratando de hacer algo, pero era evidente que no existía la menor posibilidad de intentarlo siquiera. Moldaw le contempló con triste ironía.

—Todo es inútil, Zanak —le dijo—. Es como luchar contra un ejército...

—¡Pero no es un ejército! —rugió él pirata—. ¡Ese maldito asesino sólo tiene a su mando trozos de metal programado, simples robots!

—Aun así, hacen todo cuanto él les dice. Forman una fuerza poderosa. En cuanto vuelvan a concentrar su fuego en la nube protectora que nos camufla, nos iremos al infierno sin remedio. Le bastará hacer funcionar los cañones de todas sus naves, para que eso ocurra. La nube no es tan grande como para engañarles a todos. Además, sufrimos una pérdida constante de energía. Aunque ya no nos tocasen ni una sola vez, terminaríamos sin aire respirable, sin temperatura para sobrevivir, y sin fuerza gravitatoria artificial, tú lo sabes.

—Por todos los diablos... —Zanak revisó desesperadamente los controles—. Tiene que haber algo que pueda hacerse...

—Tal vez sólo morir... —aventuró tímidamente el comerciante.

—¡No! —el pirata se rebelaba contra su destino—. ¡Eso no, por todos los diablos! ¡Algo que nos libre de ese canalla!

Y enfurecido, martilleó con sus dedos sobre los paneles. Moldaw fue rápido hacia él, tratando de impedirle que hiciera aquello.

—¡No, espera! —le advirtió—. ¡Eso no conseguirá nada, salvo quizá dejarnos vivos por Ía eternidad, convertidos en simples átomos vivientes, dispersos por el espacio! Y tal vez incluso con sensibilidad suficiente para vivir una espantosa agonía de siglos. ¡Es el proyector de materia, el transportador a distancia!

—¡El transportador! —Los ojos de Zanak brillaron como los de un demente, al volverse" a Moldaw—. Por todos los diablos... ¡Patrullero, olvidé que los policías del espacio teníais este maldito trasto para desplazaros fuera de la nave en determinadas ocasiones!

—Sólo es para descender a algún planeta o asteroide, sin utilizar la micronave, si queremos pasar desapercibidos -—explicó él con un suspiro—. Ahora no tendría utilidad alguna. Incluso podríamos quedarnos como te dije, convertidos en partículas vivas, diseminado nuestro ser en el vacío... pero conscientes, terriblemente conscientes por una eternidad... No lo manipules, Zanak. Es una locura. Si accionas eso, nos convertiremos en simple materia en proyección... hacia la Nada.

—¡Pues aun así... eso es mejor que morir aquí encerrados como ratas, maldita sea! —aulló Zanak, pegando un seco mazazo que

destrozó el control del transportador de materia, y provocó una repentina luz cegadora de éste que, brotando de una especie de amplia pantalla frontal, les envolvió de repente. Zanak gritó—·: ¡Perdón, patrullero... pero hay que intentarlo todo!

El comerciante y su hija exhalaron un doble gemido de horror, abrazándose con más fuerza que nunca. Dork Moldaw, patrullero del espacio, trató de precipitarse sobre Zanak, demasiado tarde ya, mientras en torno al fuselaje de su nave estallaban nuevos y poderosos proyectiles de la nave formidable del asesino Yamil.

— ¡Estamos perdidos! —rugió Moldaw—. ¿Por qué lo hiciste...?

La luz les envolvía. Moldaw vio cómo sus compañeros de viaje se empezaban a diluir, convertidos en figuras traslúcidas primero, transparentes después... y en simple vacío más tarde. En nada, simplemente. Como él mismo.

Se buscó. No se vio, salvo unas manos y brazos transparentes, como de cristal, y unas piernas que parecían disolverse en humo cristalino, allá en el suelo. Finalmente, supo que ya no estaba allí.

Que estaba siendo teleportador por la potencia energética del transportador de materia, hacia alguna parte... o hacia la Nada.

Luego, borrosamente, captó un impacto aterrador, una llamarada violenta, un estruendo colosal en torno suyo... y supo que la nave patrulla había saltado en pedazos, finalmente alcanzada por los proyectiles de Yamil. Alcanzada de lleno y destruida en un instante.

Tras esa vivida sensación de catástrofe irreversible, Dork Moldaw ya no supo nada más. Su cuerpo estaba viajando por el vacío, a través de lo imposible, transformado en simples átomos que tal vez se concentraran de nuevo en alguna parte... o seguirían viajando por los siglos de los siglos, sin encontrarse nunca entre sí.

Y supo, también, que si ello sucedía, sería una larga, interminable, eterna agonía, de la que tendría plena consciencia... lo mismo que Zarak y sus compañeros de viaje, el comerciante Lukno Wellah y su hermosísima hija Zora.

* * *

No supo de momento lo que tardaba en producirse el reencuentro entre los átomos y moléculas de su propio cuerpo, proyectado a distancia por el transportador de materia. Era imposible medir el tiempo cuando incluso la mente y la razón no eran sino partículas divididas y dispersas, en viaje hacia alguna parte. O hacia ningún sitio.

Pero ocurrió.

Habían llegado a alguna parte. A un lugar donde, como una vorágine inesperada, afluían veloces sus átomos, para unirse, mezclarse y recobrar su estructura original.

Contempló sus manos, sus pies, sus piernas, sus brazos... Supo que volvía a ser él, en alguna parte insospechada y desconocida. Supo que se había materializado de nuevo, tras viajar en aquel medio de teletransporte, desde la cabina de su destruida nave.

Después de todo, momentáneamente, la locura desesperada de Zanak el pirata, había conseguido algo: devolverle la vida. Impedir que muriera destrozado en su nave. Era una deuda que tenía con el granuja.

Pero ¿y Zanak? ¿Y los Wellah, padre e hija? ¿Qué había sido de ellos?

Apenas lo pensó, miró en torno, confuso, descubriendo los muros de metal sombrío que le rodeaban, en forma de gran sala circular, de curvas paredes y techo.

Y los encontró. :

Como él mismo, estaban materializándose en torno suyo. Los tres. Paulatinamente, se formaron los cuerpos, totalmente transparentes, como si surgieran de la invisibilidad, para pasar a ser translúcidos, y finalmente opacos por completo, tal como siempre habían sido.

Sólo que Zanak ya no parecía un hombre azul, un vulgar comerciante de los planetas Azagar o Blaustern. Había recobrado sus átomos, su forma física, tal como realmente era, con su apariencia real y no con su falso aspecto de mutante.

Perplejo, Moldaw contempló a Zanak con idéntico asombro que lo hacían sus compañeros los Wellah, y sólo pudo reconocerle por su indumentaria.

Era un humanoide, ciertamente, pero extraño y hasta inquietante. De piel escamosa, cabeza totalmente desprovista de cabello, de forma oval, ojos amarillentos, boca larga y parecida a la de los reptiles, cuello rugoso, largos brazos simiescos, rematados por unas manos membranosas y de color ocre, también cubiertas de escamas, y piernas largas y desgarbadas, que terminaban en unos largos pies de palmípedo, pero articulados de forma que resultaran singularmente ágiles.

Zanak era un tipo asombrosamente feo, pero no parecía aterrador a ojos de sus compañeros, tal vez porque todos ellos recordaban ahora que si seguían con vida, fuese donde fuese, era precisamente gracias a él, a su loca maniobra con el teletransportador de la nave patrulla.

—Bueno, lo logramos… —dijo el pirata, con su voz habitual. Se miró con disgusto las manos y meneó su feísima cabeza—. Vaya, ahora ya saben cómo soy… Feo, ¿eh?

—Bastante —rió Moldaw, mirando distraídamente a aquellos inquietantes muros de sombrío metal cubierto de firmes remaches—. ¿Dónde se supone que estaremos?

—Sea donde sea, el aire es respirable y el clima benigno —señaló el comerciante, con cierto alivio, sin soltar a su hija en ningún momento—. Eso, por el momento, debería de bastarnos, ¿no creéis?

—En efecto —admitió Moldaw—. Pero yo me pregunto qué pudo suceder para que las cosas fueran así y no de otro modo. Lo que es evidente, es que Zanak tuvo una idea luminosa, y que yo estaba en un tremendo error al quererle impedir que la llevara a la práctica. Ahora sabemos que la nave ya no existe. Nosotros tampoco existiríamos, de no ser por nuestro prisionero. De modo que nuestra gratitud .y felicitación a Zanak.

—Oh, no es para tanto —se pavoneó con falsa modestia el pillo—. Lo que yo me estoy preguntando es qué diablos podemos hacer para enterarnos del lugar al que hemos venido a parar, amigos.

—Es muy sencillo —dijo gravemente el patrullero—. Allí hay una puerta disimulada. Tendremos que probar a abrirla y ver lo que hay más allá.

Miraron todos en la dirección que el joven policía espacial señalaba. En efecto, todos pudieron ver en aquel punto la forma oval de una puerta herméticamente ajustada, que recordaba la de los navíos que surcaban los mares del planeta Yokkur o de su vecino

Jorkan.

Moldaw avanzó en esa dirección cautelosamente. Previsor, empuñó el arma de proyectiles térmicos que conservaba en su cintura, dentro de la funda de piel, y que había viajado con él y con todo cuanto llevaba encima, al ser teletransportado por el rayo energético.

—No se muevan de ahí —avisó a los demás—. Creo que es preferible explorar ames el terreno y saber dónde estamos y lo que podemos esperar de este sitio...

Los profundos ojos violetas de Zora Wellah, se clavaban en él con angustia, nuevamente preocupados por el destino que a todos podía esperarles tras de aquella puerta enigmática.

Llegó Moldaw a la misma. Extendió su mano zurda, sin soltar en la otra su pistola térmica. Rodeó con los dedos el reborde de metal oscuro que formaba su contorno. No tenía cerradura ni pomo.

Sin embargo, a su simple contacto, se deslizó silenciosamente, hundiéndose la hoja de metal en el muro. Era una puerta magnética, que se accionaba al simple contacto con la persona.

Moldaw se quedó rígido ante la abertura, mirando al otro lado de la puerta recién franqueada. Sus ojos asombrados contemplaron la vecina cámara, y sus compañeros de peripecias pudieron advertir su expresión dé estupor y de inquietud. Zanak iba a decir algo, cuando rápido, severo, Moldaw le hizo un gesto vivo de advertencia, recomendándole silencio absoluto. El pirata entendió, y movió sus músculos faciales con un gesto grotesco, bajo su epidermis escamosa y amarillenta, sin formular sonido alguno.

Moldaw siguió contemplando lo que veía al otro lado de la puerta. Ahora sabía bien adonde les había llevado el teletransportador, cosa que por otro lado no carecía de lógica en absoluto.

El ser que estaba sentado ante un tablero de mandos complejo y amplio, la mirada fija en un gran visor central, donde se descubría el cielo límpido, estrellado, y en el mismo la presencia de fragmentos humeantes de alguna nave destrozada recientemente... era Yamil, el pirata asesino.

Se había materializado dentro de la nave insignia de la siniestra flotilla criminal. En la propia nave agresora de Yamil.

CAPITULO IV

Yamil mismo estaba ante él.

Y de espaldas, además.

Absorto en apariencia, abstraída su mirada, fija en el complejo cuadro de mandos y controles que, en un tablero semicircular, se extendía ante él, bajo un enorme y panorámico visor curvo, donde era visible la grandiosidad celeste, con su negrura eterna, sus miríadas de estrellas, mundos, soles y galaxias, formando la más increíble y fascinante visión cósmica imaginable por un ser humano de cualquier mundo o de cualquier galaxia.

Estaba inclinado sobre cuanto sus manos y ojos controlaban, dueño y señor de la amplia nave de oscuro metal que ahora le pertenecía. Y donde ellos, transportados por el transmisor de materia, habían entrado sin dificultad alguna, huyendo de la muerte a bordo de la nave patrullera.

Dork Moldaw vaciló solamente unos instantes. Luego, avanzó decidido unos pasos sigilosos, y alzando el arma anunció con voz fría, cortante:

-r-Ni el más leve movimiento, Yamil. Ni un intento de truco o de estratagema. Apretaré el gatillo de este arma en cuanto te vea mover un solo músculo. Y eso significará que una carga térmica de más de trescientos cincuenta grados caerá sobre ti, abrasándote en menos de un instante. Sabes que dispararé sin muchos escrúpulos, ¿verdad, Yamil?

El pirata se quedó rígido, como si no pudiera comprender lo que oía. Sus ojos deslizáronse desde el amplio visor panorámico, a sus manos, engarfiadas sobre el tablero de controles. Trató de mover unos dedos cautelosamente.

—¡Cuidado! —silabeó a su espalda Moldaw—. Otro movimiento... y esto será para ti, Yamil.

Corroborando sus palabras, el arma térmica de Dork disparó. Un solo impacto, pero no tomando a Yamil por blanco, sino un panel electrónico de complicados circuitos, donde parpadeaban las luces de

diversos colores rápidamente.

Hubo una llamarada fulgurante, un estallido de vidrios y de materiales plásticos. Y los fragmentos saltaron en medio de violentos chispazos, mientras Yamil, aterrorizado, se cubría el rostro con ambas manos, gritando despavorido:

—¡Ya basta, ya basta, maldito policía! ¡Ese panel pertenece al computador general que rige la acción de los robots de mi flotilla! ¡Has destrozado el contacto que me permite controlarles y ordenarles! .

—Lo supongo —sonrió duramente Moldaw—, Entiendo algo de computadoras. Sé que esa estaba preparada para controlar una flotilla de naves automatizadas. Se advierte con facilidad que ahí confluyen una serie de circuitos exteriores autónomos...

Yamil, descompuesto, se erguía, frente a Moldaw, y ante la presencia del arma del joven patrullero, alzó sus brazos, con una expresión de profundo odio en su rostro maligno, más parecido que nunca al de una amarillenta calavera. Pero, al contrario de Zanak, él no tenía escamas en su piel, ni los ojos, eran amarillentos, sino de un rojo violento y desagradable.

—De modo que no sólo salvaste tu vida, sino que has podido trasladarte aquí y sorprenderme... —silabeó, malévolo, apretando sus delgados y húmedos labios—. Parece obra de brujería, patrullero, no de un policía espacial... No sé cómo lo hiciste, pero tus amigos deben estar ya en el infierno a estas horas... ¿Viste saltar en pedazos a tu nave?

—La vi saltar, sí. Pero no viajé solo hasta aquí, Yamil —hizo un gesto hacia atrás—. Podéis venir. Nuestro enemigo es ahora nuestro prisionero...

Para estupor e ira del perverso corsario del espacio, eran ahora los Wellah, padre e hija, y el mutante Zanak, con gesto risueño y burlón, quienes aparecieron -en la cámara de controles de Yamil que, enfurecido por la situación repentinamente adversa, se limitó a mascullar con voz ronca:

—Veremos si tu triunfo dura lo suficiente, patrullero...

—De momento hemos ganado la batalla —rió Moldaw, acercándose a Yamil y tomando de un estante una banda magnética para ligarle—. No sólo eso, sino que has perdido el control sobre las

naves-robot, ahora independizadas e inofensivas, y has caído en poder de quienes creías que habían sido destruidos por tu astucia y tu poder. Ahora vamos a dirigirnos a alguna parte con esta nave… donde seas entregado a las autoridades galácticas para purgar tus numerosos crímenes.

Estaba ya ligado Yamil, que forcejeaba en vano, sujetas sus muñecas y tobillos por aquellas ligaduras imposibles de desprender por sí mismo. Frente a él, los comerciantes, el mutante y el patrullero, se miraron entre sí, pensativos.

—¿Y ahora, amigo mío…? —preguntó Lukno Wellah.

Moldaw se encogió de hombros, dubitativo.

—No sé —confesó—. Desconozco este tipo de naves. No sé de su real capacidad de maniobra ni de poderío. Pero podemos encaminarnos al Sistema Central para hacer entrega de ella a las autoridades, informando al mismo tiempo de lo sucedido, y dejando al malvado Yamil en sus manos.

—Me parece lo más prudente —admitió el comerciante.

—A mí también —asintió Zanak, inseguro. Luego, miró preocupado a Moldaw—. En cuanto a mí, imagino que… que no puedo esperar ya más tiempo de libertad… Soy tu prisionero, amigo…

Extendió sus brazos, para ser aprehendido. Moldaw le contempló en silencio. Luego, meneó la cabeza, con una levé sonrisa. Negó:

—No, Zanak. Eres un auténtico pillo, pero no puedo olvidar que, gracias a ti, no sólo vivimos todos, sino que hemos vencido a un ser como Yamil, que estando en libertad y siendo dueño de una poderosa flotilla, hubiera causado el terror y la muerte por doquier. Por tanto, te considero merecedor a seguir siendo momentáneamente uno más de nuestro grupo, dueño de tus actos y libre, aunque vigilado. No puedo fiarme totalmente de un granuja como tú, pero te concedo el seguir como hasta ahora. Es todo lo que estoy capacitado a hacer por ti. Eso, e informar de tu comportamiento cuando te entregue a las autoridades. Es posible que eso reduzca mucho tu condena, y te permita volver muy pronto a la sociedad de la cual te separaste por tu propia voluntad al convertirte en un pirata.

—Gracias, patrullero —el sorprendido mutante le miró con una mezcla de asombro y de gratitud—. Ya me parecía que eras un buen muchacho, pero nunca imaginé que lo fueras tanto como para confiar

un poco en el viejo Zanak. Te prometo que no faltaré a la confianza que me depositas. Tienes mi palabra de que seré tu amigo y aliado en todo momento, a partir de ahora, ocurra lo que ocurra.

—Maldito traidor —le insultó despectivamente Yamil—. Creí que podría confiar en un camarada…

—¿Camarada tuyo? —le espetó agriamente Zanak, volviéndose airado—. ¿De un tipo que trató de pulverizarnos miserablemente a todos? ¡Ni lo sueñes, cerdo! Seré feliz cuando sepa que te han enviado a un lugar del que nunca más regreses. Podré ser un pirata, un rufián y ladrón, pero jamás maté a nadie a sangre fría, como hiciste tú tantas veces.

—Creo que podemos confiar en él —habló lentamente el comerciante Wellah—. Por mi parte, no tengo el menor inconveniente en que siga sin ligaduras a nuestro lado.

—Yo tampoco —murmuró la joven Zora suavemente—. Lo cierto es que no nos causó daño físico alguno cuando se apoderó de nuestra nave…

—Está bien —asintió Moldaw—. Eso resuelve la cuestión favorablemente, Zanak. Quedas libre. Pero recuerda que cualquier actitud sospechosa, cualquier intento de aprovecharte de esta situación de privilegio en beneficio tuyo, implicaría inmediatamente la pérdida de esa concesión, ¿está claro?

—Muy claro, sí —aceptó lentamente Zanak—. No tienes que preocuparte de nada, patrullero. Seré un fiel camarada mientras dure todo esto, palabra.

—Eso espero. Y no vuelvas a llamarme así. Mi nombre es Dork Moldaw.

Se acercó a los controles, tras una mirada pensativa por el amplio visor panorámico. A través de éste descubrió que las naves tripuladas por los robots se perdían en la distancia, rota su relación con la nave insignia de Yamil. No le preocupó demasiado. A fin de cuentas, lo importante era disponer de un vehículo espacial capaz de conducirles de regreso a una estación cualquiera del Cuerpo de Seguridad de la Galaxia, donde entregar a los cautivos y la nave robada por Yamil, pudiendo seguirˆ su trabajo en otra nave patrullera, como hasta ahora.

—Lo primero es informar a cualquier centro de escucha policial,

dándole cuenta de lo ocurrido con la otra nave —habló consigo mismo Moldaw, estudiando cuidadosamente los mandos, y leyendo en las pantallas del computador todos los informes técnicos al respecto —. Luego... veremos cómo' conducir este vehículo a lugar habitado.

Intentó comunicar con las estaciones de escucha del Cuerpo de Seguridad de la Galaxia, pero no consiguió nada positivo. Ceñudo, meneó la cabeza de un lado a otro, mirando los sistemas de comunicación de a bordo.

—Imposible —dijo—. No tienen banda de frecuencia que conecte con los servicios de patrulla espacial. A menos que ellos detecten nuestra propia sintonía, no podemos establecer contacto por el momento.

—¿Eso es grave? —se preocupó Wellah, acercándose a él.

—No lo sé. Podría serlo, si no hallamos el medio de encontrar un puesto de control lo antes posible. Esta es una nave muy poderosa, y no estoy habituado a manejar vehículos de tal magnitud. De todos modos, lo intentaré.

—Tenga cuidado, no vayamos a saltar todos en pedazos, patrullero —silabeó Yamil, el prisionero, con voz ronca—. Ni yo mismo conozco esos complicados controles...

—Esperemos tener suerte —sonrió Moldaw, sin dejar de estudiar las hileras de teclas y botones que formaban los mandos de a bordo, en el gran tablero semicircular—. De momento, conviene acelerar la marcha. Es muy lenta la actual. Creo que esta tecla corresponde a aceleración...

—Cuidado —avisó de nuevo el pirata cautivo—. Recuerde que son naves en período de experimentación. Los militares de Vurdan las tenían en zona de pruebas, pendientes de revisión final, cuando yo me apoderé de ellas en un golpe de audacia...

—De todos modos, esa tecla lleva el símbolo internacional de marcha acelerada —dijo gravemente Moldaw—. No puede ser para otra cosa que para aumentar la velocidad. Y eso es lo que vamos a hacer, una vez sitúe en ruta nuestras coordenadas de marcha...

Trabajó sobre el tablero luminoso de coordenadas de ruta, y luego pulsó el sistema automático de marcha, comprobando que su actual trayectoria les llevaría a la estación policial próxima a Aggarán, el planeta de los mil y un mercados. Era una de las estaciones centrales

del Servicio de Seguridad, y allí podrías presentar su informe oficial, junto con la nave militar de Vurdan y sus dos prisioneros, así como a la familia Wellah felizmente rescatada.

Luego, pulsó el acelerador de marcha.

Y ocurrió algo.

Algo que ni él ni ninguno pudo prever que ocurriera cuando se pulsara aquel resorte. Podía ser avería, podía ser fallo mecánico, o podía ser un mecanismo mal ajustado. Lo cierto es que los temores de Yamil se hicieron realidad.

Notaron todos como si sus cuerpos se distorsionaran de modo infinito, la nave toda pareció deformarse, distenderse, convertirse en un ascua de luz que les rodeaba… y un zumbido profundo, aterrador, ensordeció sus tímpanos. Borrosamente, Moldaw oyó gritar agudamente a Zora. Los demás lanzaron sordas imprecaciones de horror.

Ya ni se podía ver a sí mismo. Todo era luz vivísima, como si la materia toda se hubiera convertido en simple fulgor, en claridad deslumbrante.

En la pantalla, todo se borró también. Su mente dio la impresión de estirarse y deformarse como todo lo demás, convirtiéndose en extraordinariamente lúcida a la vez que sufría un cierto aturdimiento paradójico.

Creyó adivinar la increíble verdad. Estuvo seguro de lo que había sucedido con aquel control imperfecto, pulsando un poco imprudentemente.

Era verdad que había acelerado la marcha de la nave experimental.

Pero era una aceleración excesiva. No tenía control. No se detenía. Así, la aceleración había aumentado hasta casi el infinito, incesantemente, de un modo vertiginoso.

Y por ese procedimiento, habían alcanzado la velocidad de la luz… ¡y ahora debían de estar viajando *a más velocidad que la propia luz!*

Eso podía significar el primer gran salto humano a través del Espacio y del Tiempo.

Pero también podía ser el gran desastre para todos ellos, pensó

Dork Moldaw, antes de perder la noción de cuanto le rodeaba, inmenso en aquel fulgor deslumbrante en que se habían convertido él, todos los demás y la propia nave…

* * *

En principio, ni siquiera estaba seguro de continuar con vida.

Era como despertar más allá de lo material, en un mundo distinto, quizá en el propio valle de las sombras eternas. Como abrir sus ojos y su mente a una nueva forma de existir que no pertenecía al mundo, al universo conocido.

Y, sin embargo, pronto se dio cuenta de que las cosas a bordo se habían normalizado y continuaban allí, en el espacio, a bordo de la supernave de Vurdan. En algún lugar del Cosmos. Vivos todavía. Y sin novedad en el recinto del vehículo espacial de Yamil, el pirata.

Pestañeó. Confuso, miró a todos los demás. Allí estaban, tan ilesos como él mismo en apariencia. Lukno y Zora Wellah, el pirata Zanak, y el asesino Yamil. Y él mismo…

—¿Qué… qué ha ocurrido? —jadeó.

—No sabemos —era Zanak quien respondía, vacilante—. Por un momento creí que mi cuerpo se desgarraba…

—Faltó poco —fue el gruñido áspero de Yamil—. Le avisé, patrullero. Era peligroso manejar esos mandos sin conocer bien su naturaleza exacta…

—Había que hacer algo, intentar llegar adonde podamos salir de problemas y dificultades —replicó Moldaw ásperamente.

—¿Y lo ha logrado? —dudó Yamil, sarcástico.

Moldaw no respondió. Antes, dirigió su mirada al gran visor de la nave, donde se proyectaba el exterior, con sus miríadas de luces remotas, sus astros, nebulosas y cuerpos celestes incontables, infinitos como las propias dimensiones cósmicas.

—¿Qué? —estalló Moldaw, perplejo—. ¿Qué es eso?

Todos se volvieron ahora, tratando de superar su aturdimiento, hacia la gran pantalla visora donde podían contemplar la panorámica fabulosa del espacio. El dedo de Moldaw, el patrullero, señalaba hacia algo que allí, a la vista de todos, era claramente perceptible, recortándose en la densa negrura con nitidez absoluta.

Era algo insólito. Algo que no se parecían en absoluto a lo demás cuerpos celestes que rodeaban la visión. Algo que no parecía ni siquiera real o posible. Como el sueño de un artista delirante, como un mágico poema hecho realidad, como una fantasía desbordante, materializada en una estructura inaudita, audaz, hermosa e increíble...

—Dios mío. Eso... eso... —era la voz de Zanak la que jadeaba.

—¿Eso... qué? —trató de indagar Moldaw, volviéndose a él—. Nunca vi nada parecido. Va contra toda lógica.

—Yo sabía que existía... Tenía que existir en alguna parte del Universo... o quizá más allá —musitó el pirata mutante—. Estaba seguro de ello.

—¿Quieres decir que eso... eso... es...?

—¿Espaciópolis? —Zanak afirmó—. Sí, patrullero. Creo que, por fin, hemos encontrado el camino hacia lo increíble, hacia un mundo fabuloso y único. Estamos ante la propia Espaciópolis, la gran urbe del espacio... No puede ser otra cosa.

Moldaw no dijo nada. Contempló, fascinado, la panorámica celeste.

Interiormente, dudaba aún. Pero estaba de acuerdo con las palabras de Zanak.

No podía ser otro lugar. Por fantástico que pareciese, habían llegado al lugar de cuya existencia jamás estuvo convencido.

Espaciópolis.

Estaba allí. Ante ellos.

CAPITULO V

—Espaciópolis...

Sí. Creo que es cierto. Estamos en Espaciópolis, Zora.

La hija del mercader contempló,_ fascinada, la imagen del gran visor. Luego, se volvió lentamente hacia Moldaw, que contemplaba, a su vez, ceñudo, los complejos y desconocidos mandos de la supernave robada por Yamil en el planeta Vurdan.

—Oí hablar a veces de la existencia de la gran ciudad del espacio —musitó ella—.Pero nunca lo creí realmente.

—Yo tampoco. Zanak me dijo algo sobre eso. Según él, un viajero expulsado de Espaciópolis, un tal Mujfay, que ahora reposa en el planeta Altex, le reveló la existencia real de la Ciudad del Espacio... ·

—Lo recuerdo muy bien, Moldaw —sonrió ella tristemente—. Y ninguno le creímos.

—Cierto. Ninguno... —suspiró Moldaw—. Ni yo mismo. No imaginaba que eso fuese posible. Vea ahí, en el espacio, sosteniéndose como por artes mágicas... toda una enorme ciudad de fantástica belleza...

—Un mundo donde la juventud es eterna, donde el mal no existe, donde los Señores de la Justicia y el Orden rigen los destinos de una sociedad perfecta... —musitó. Zora lentamente, perdida su mirada en aquel prodigio arquitectónico que era Espaciópolis ante sus ojos maravillados—. El auténtico Paraíso de los seres vivientes, Moldaw...

—Sí. Un paraíso, sin duda alguna...

Y sus ojos, fascinados, se mantenían fijos en aquel prodigio que parecía atentar contra toda norma de equilibrio cósmico, contra una inmensa plataforma flotante, sostenida en el espacio por invisible fuerza, y sobre la cual una fabulosa urbe, compuesta de blanquísimos o plateados edificios estilizados, esbeltos y puntiagudos, centelleaba de luz esplendorosa en el negro eterno del infinito. Por encima de ella, una cúpula o bóveda cristalina, transparente como una campana de cristal, centelleaba con el reflejo de remotos mundos y soles de galaxias y de nebulosas luminiscentes.

Aquello era Espaciópolis. La Ciudad del Espacio. El Manantial de Juventud de los seres vivientes de cualquier especie, raza o mundo.

Un lugar prohibido e ignorado, que muy pocos seres habían visto hasta entonces.

—¿Cómo pudimos llegar hasta aquí? —murmuró ella, confusa.

—Me gustaría saberlo —confesó Moldaw—. Tal vez un exceso de aceleración, un fallo mecánico, o quizás un agujero negro en el espacio… un paso a otra Dimensión o a otro Universo. No sé. Las coordenadas no coinciden con nuestro paradero. Los mecanismos de control y orientación de esta nave están paralizados, como bloqueados por una fuerza superior, irresistible.

—¿Cree que nos tienen… prisioneros?

—¿Ellos, los de Espaciópolis? —Moldaw meneó la cabeza, indeciso—. No sé. Es posible. Aquí, tal vez todo sea posible…

—¿Qué piensa hacer ahora? —fue la pregunta de ella, tras un silencio.

—¿Se puede hacer algo? —sonrió él, dubitativo, encogiéndose de hombros—. Observe esto: estamos paralizados en el espacio, flotando inmóviles, a una distancia relativamente corta de esa ciudad de fábula. Pero del mismo modo que no podemos alejarnos de ella, tampoco está en nuestras manos aproximarnos. Sencillamente, seguimos en suspensión… hasta que la fuerza misteriosa que nos bloquea, quiera dejarnos alguna iniciativa.

—O la tome ella misma… —sugirió Zora Wellah, pensativa.

—Claro —Moldaw casi dio un respingo—. Esa es una posibilidad muy razonable. Creo que estamos a su merced. Y que ellos esperan algo, no sé el qué…

—Es posible que nos estén observando, escudriñándonos, analizándonos como a microbios de laboratorio —señaló Zanak, acercándose a ellos al escuchar las últimas palabras que ambos jóvenes cambiaran entre sí.

—No me gusta la idea —frunció el ceño Moldaw, sin desviar sus ojos de la mítica cuidad de la eterna juventud. Luego, incluso sonrió—. Pero es posible que así sea. Se dice que los Señores de la Justicia y del Orden, los que rigen los destinos de esa ciudad legendaria, son todopoderosos, gente de gran sabiduría y ocultos poderes. De ellos, todo se puede esperar. Si Espaciópolis existe… ¿por qué no ha de ser cierto todo lo demás que la leyenda afirma sobre ella y sus

habitantes?

—Sí, ¿por qué no? —musitó Zanak—. El viejo Mujfay tuvo razón. No me engañó, el pobre diablo...

—¿Qué te dijo él, exactamente? —le preguntó Moldaw, intrigado —. Creo recordar que mencionaste algo sobre eso. Antes de morir, él te dijo cómo llegar a Espaciópolis...

—Y fue cierto, patrullero. Pero tú nunca me hubieras creído esa parte de la historia. El dijo... dijo que a través de un pasaje multidimensional, un extraño y misterioso «agujero negro» del espacio tridimensional, se podía pasar a otro Universo paralelo, pero siempre que se utilizase la velocidad superluminosa, y una vez allí, la energía magnética de los gigantescos sistemas de Espaciópolis, atraerían a los viajeros a su órbita. Y después...

Se paró el mutante. Impaciente, le forzó Moldaw:

—Después... ¿qué, maldita sea?

—Bueno, después... —Zanak tragó saliva, contemplando como asustado la visión fantástica de la plataforma urbana del espacio, flotando allí ante ellos—. Después, patrullero, ellos tomarían su decisión respecto a los viajeros. Eso es lo que dijo Mujfay, y no añadió nada más...

—Ellos tomarían su decisión... —repitió Moldaw, pensativo—. Es lo que me imaginaba. Ahora estamos esperando a que su examen de nosotros resulte positivo. Si lo es, nos atraerán hacia la Ciudad del Espacio.

—¿Y... si no lo es? —temió Yamil, desde su cautiverio.

—En ese caso... —el joven patrullero, hizo un gesto elocuente—. Sólo Dios dirá lo que puede sucedemos. Pero no creo que sea nada bueno...

En ese momento, el mercader Lukno Wellah, el padre de Zora, que contemplaba sin descanso la imagen del gran visor central, lanzó una exclamación y señaló vivamente hacia la panorámica.

— ¡Eh, miren eso! —llamó—. Algo ocurre.

Con sobresalto, todos giraron la cabeza hacia el punto donde era visible la fabulosa ciudad cósmica, flotando en aquel Universo

paralelo al que habían llegado sin saber siquiera cómo...

* * *

El rayo de luz brotó de la gran urbe flotante.

Era como un resplandor irisado, partiendo de debajo de la plataforma gigantesca que servía de base a la sorprendente ciudad flotante. Resplandor que llegó hasta la nave de Vurdan, y la envolvió en su luminosidad resplandeciente.

Fue tal esa luminosidad que, al penetrar por el visor de la nave, cegó a todos con su claridad, borrando toda forma de sus ojos, y obligándoles a cubrirse de su fuerte impacto en las retinas.

—¿Qué... qué es eso? —jadeó Zanak, asustado—. ¡No veo nada!

—Si es' un rayo mortal, nos desintegrará en segundos —murmuró Moldaw, protegiéndose de aquella luz con su brazos.

Un aturdimiento singular se apoderó de él. Hubiera querido hacer algo, pero no le era posible. Es como si aquella luz fantástica inmovilizara su cuerpo, paralizase sus miembros, impidiéndole toda acción. E igual fenómeno tenía lugar con sus compañeros de viaje cósmico.

Después... supo que la nave se desplazaba, se movía paulatinamente, siguiendo una dirección concreta. No estuvo seguro de cuál podía ser esa dirección, porque la resplandeciente fuerza del rayo luminoso le impedía captar detalle alguno en derredor suyo.

Pero algo le dijo que estaban desplazándose inexorablemente hacia un determinado lugar, absorbidos por una fuerza magnética poderosísima e invencible.

Y ese lugar era Espaciópolis, la ciudad cósmica de otra Dimensión.

Tan súbitamente como surgiera, se extinguió la luz. Fue un descenso de claridad gradual, pero aun así, dejó sus ojos ciegos por unos momentos, ya que ahora la claridad normal parecían tinieblas, junto a aquel resplandor deslumbrante.

Poco a poco, Moldaw pudo ir captando formas, materias, cuerpos.

Tambaleante, se movió el primero por el interior de la nave, tratando de ver algo. Elevó sus ojos hacia el visor. No descubrió absolutamente nada. La imagen era un simple rectángulo negro, de gran amplitud. Se precipitó a uno de los ventanales de la nave, y deslizó su protector a un lado. Tampoco vio otra cosa que negrura total en derredor de la nave.

—¿Qué ha ocurrido? —oyó preguntar a Zora Wellah—. ¿Dónde estamos?

—Me gustaría saberlo —respondió—. Pero creo que esto es Espaciópolis. Nos han atraído hacia ellos.

—Yo no veo nada —confesó Zanak.

—Yo tampoco. Pero es posible que estemos adheridos a alguna zona oscura situada bajo la gran plataforma urbana. Ese rayo luminoso era una energía absorbente. Una especie de obligado camino para aproximarse a Espaciópolis cuando ellos así lo decidieron.

—Ya. ¿Y ahora, qué? ¿Nos usarán como cobayas de laboratorio, nos pulverizarán o nos meterán en una jauta zoológica? —quiso saber amargamente Yamil.

—Son seres humanos los que viven en Espaciópolis —gruñó Zanak —. Es lo que me contó Mujfay. El mismo era un humanoide. No creo que pretendan destruirnos. Hubieran podido hacerlo sin aproximarnos a su ciudad.

—Tal vez les sirvamos de experimento.

—Tal vez. Pero no lo creo. ¿Usted qué opina, patrullero?

—No sé qué opinar —confesó Moldaw, ceñudo, comprobando que todos los mandos y controles de a bordo seguían bloqueados—. Creo que sólo nos queda una posibilidad: esperar. No podemos hacer absolutamente nada, salvo permitir que ellos sigan tomando la iniciativa, sea ésta cual sea.

—No resulta muy esperanzador, ¿verdad? —se quejó Lukno Wellah.

—No, no mucho. Sólo cabe esperar que sean gente recta y noble. Si no… —y dejó la frase en el aire, sin añadir otra cosa que un significativo encogimiento de hombros.

Nadie comentó nada. Todos esperaban, como el propio Moldaw. Se habían dado cuenta de su total impotencia ante la iniciativa de los misteriosos ocupantes de Espaciópolis, y sólo podían aguardar, confiar en que la decisión de aquellos todavía invisibles personajes de la fantástica Ciudad del Espacio fuese favorable a ellos, y no significara su exterminio o su desastre.

La espera no se prolongó mucho.

De repente, hubo un zumbido sordo en alguna parte de Ía nave. Todos los rostros se volvieron en esa dirección. Los cuerpos se pusieron tensos por la emoción, la incertidumbre y el desasosiego natura!. Incluso Yamil, el asesino cautivo, se agitó entre sus ligaduras magnéticas, como intentando desesperadamente liberarse, para afrontar lo que fuese con una mínima posibilidad de autodefensa.

No sucedía nada alarmante. Sólo que una puerta ovalada de la nave se estaba abriendo lentamente, como manipulada desde el exterior. Pero esa clase de puertas de las naves espaciales, rara vez podían accionarse desde fuera. Todos supieron que alguna fuerza superior actuaba sobre los controles de a bordo, neutralizando sus acciones. Estaban en poder de gentes capaces de manipular cualquier - cosa a su antojo.

—Cielos... —Susurró Zanak, el pirata mutante, con su gesto aún más feo de lo habitual en él—. ¿Y ahora qué hacernos? ¿Salir de aquí?

La puerta estaba totalmente abierta. No se veía más que negrura al otro lado. Moldaw dio un paso adelante, dando ejemplo.

—Vamos —dijo—. Es una invitación a. salir, en efecto.

—¿Y yo? —imploró Yamil, jadeante.

El patrullero le miró, pensativo. Vaciló. Luego, tomó una decisión.

—Está bien. Vendrás con nosotros. Pero no totalmente libre. No me fío de ti.

Se acercó a Yamil. Mientras le encañonaba con su arma, le despojó de sus bandas magnéticas adhesivas, pero sólo para sujetar luego a su espalda ambos brazos, dejándole libres las piernas. Le señaló la puerta recién franqueada, con su misteriosa negrura más allá, como una incógnita hacia la que forzosamente debían de encaminarse acto seguido.

—Adelante —ordenó el patrullero—. Sea lo que sea lo que nos espera... no hay otro remedio que ir hacia ello. No intenten resistir si algo sucede. Es obvio que, de desearlo, podrían aniquilarnos en un instante.

Todos parecían estar de acuerdo en ese punto, porque asintieron en silencio. El mismo dio ejemplo, guardando el arma que llevaba en su mano, para no mostrarse agresivo en modo alguno.

Y cruzaron el umbral de la puerta ovalada. Las tinieblas les engulleron en el acto.

Se sintieron caminando sobre una superficie que no podían distinguir. La oscuridad en torno era total. Moldaw optó por hablar. Elevando la voz, llamó:

— ¡Eh, vosotros, quienquiera que seáis! ¿Dónde estáis metidos? ¿Qué esperáis para mostraros ante nosotros? ¡No tenemos intención agresiva alguna! ¡Pero deseamos saber lo que nos espera y por qué no aparecéis para entablar contacto con nosotros!

Su voz pareció rebotar con mil ecos perdidos en los invisibles muros de un mundo de oscuridad total, pero nadie respondió. Ningún ser, humanoide o no, dio señal de vida en torno del grupo amedrentado e inquieto.

Ellos siguieron adelante, siempre moviéndose entre las sombras, sin rumbo conocido, pero como si algo indefinible y misterioso les guiara en una determinada dirección, ajena por completo a su propia voluntad.

Una mano levemente temblorosa se rozó con la suya. Moldaw la aferró, apretándola-con calor. Notó unos dedos largos, delgados y sensitivos, una piel suave, tersa. Era Zora. La muchacha, la única mujer del grupo de astronautas, buscaba instintivamente su protección. A Moldaw le gustó eso.

Sin soltar aquella mano femenina, tibia y medrosa, avanzó siempre en un mismo sentido, guiado por aquel extraño fluido que no hubiera sabido definir, pero que intuía en alguna parte, atrayéndoles como si fuese una energía magnética invencible, tan fuerte como el rayo luminoso que atrajo la nave hasta la plataforma de la mítica ciudad espacial.

—Tengo miedo—la oyó musitar, muy cerca de él.

—Yo también —rió suavemente Moldaw—. Pero procuro disimularlo... Tenga serenidad, Zora. No ocurrirá nada. Si hubiesen deseado causarnos algún daño, ya lo hubieran hecho, estoy seguro.

—Sí, es posible que tenga razón. Pero esta oscuridad... ¿adónde nos conducirá?

—No lo sé. Presiento que la solución está próxima. Parece un camino ascendente, una especie de suelo empinado. Creo que subimos hacia alguna parte, sin darnos apenas cuenta a causa de la relativa gravedad de esta plataforma cósmica. Es posible que nuestro mismo miedo nos impida recibir con claridad ciertas cosas. Pero juraría que estamos virtualmente a punto de conocer el gran misterio, de penetrar en el corazón mismo de la ciudad legendaria que nadie cree que exista...

—Pero existe. La hemos visto a distancia. Y ahora... estamos en ella.

—Sí, en efecto. Estamos en un punto de ella, quizá en el subsuelo. Es cuestión de momentos emerger quizá... y vernos cara a cara con una realidad fabulosa, que nadie cree posible, que ningún ser imagina que está aquí, en este Universo, sea cual sea, en este lugar multidimensional, más allá de lo conocido...

Callaron ambos. El suelo, ahora que Moldaw lo había mencionado, era evidentemente empinado, elevándose en rampa constante hacia alguna parte, rodeado de tal oscuridad que no existían allí formas, luces ni colores. Ni tan siquiera se podían ver unos a otros.

La voz tartamudeante de Lukno Wellah, el viejo comerciante, sugirió de pronto:—¿Por qué no encender una lámpara? Esta oscuridad es angustiosa...

—A todos nos angustia, pero creo que ellos así lo desean, y vale más respetar sus normas —objetó Moldaw—. Cómo le decía a su hija hace un momento, creo que no tardaremos mucho en ver la luz... y algo más. Mucho más, si no estoy equivocado.

No hubo objeciones, y siguieron adelante. Moldaw notaba bajo sus pies un suelo resbaladizo, terso como un negro espejo sin reflejos. Su calzado liviano no producía sobre él ruido alguno. Ni tampoco sus amedrentados compañeros.

De repente, sus previsiones se confirmaron con una brusquedad tan pasmosa como impresionante.

La oscuridad se disolvió súbitamente. Quedó atrás, como una materia sólida y sombría. Se enfrentaron a la luz.

A la luz resplandeciente de Espaciópolis. Se hallaron bajo la altísima y fantástica bóveda de material cristalino que envolvía la ciudad como una campana mágica. Acababan de salir a la superficie por una abertura repentinamente practicada ante ellos, tal vez mecánicamente, puesto que no fue visible persona alguna accionándola.

Salieron a la luz, parpadeando deslumbrados. Allí no había concretos puntos de luz. No había focos ni reflectores ni alumbrado público. En realidad, rodo era luz. Los edificios blancos o plateados, bellísimos y funcionales, emitían luz, lo mismo que la emitían las plantas de los jardines artificiales y de las zonas hidropónicas, y esa luz flotaba también en el ambiente, como si el aire del interior de la gran campana cristalina fuese luminoso en sí, y todo allí irradiara claridad. Una claridad deslumbrante y mágica en principio, pero en realidad suave, sin estridencias ni excesos deslumbrantes. Era como vivir en un bello mundo de luz, color, diáfana claridad y hermosa atmósfera, límpida y tersa.

—Llegamos —suspiró Moldaw, fascinado, contemplando aquel prodigio arquitectónico y técnico que era la gran urbe espacial—. Estamos en Espaciópolis, el mundo de leyenda de que se hablaba como si fuese sólo un sueño del hombre…

—Espaciópolis… —repitió Zanak, con expresión maravillada, tocando la estructura de un edificio inmediato, acariciando unas plantas jamás vistas antes—. Cielos, existe realmente… ¡Y nosotros hemos llegado a ella!

—Pero ¿dónde están sus habitantes? —preguntó de pronto Lukno Wellah.

—Sí… —asintió Moldaw, frunciendo el ceño y buscando en torno —. ¿Dónde?

Hubo un profundo silencio. Todos buscaron en distintas direcciones la presencia de los habitantes de la fabulosa ciudad. No vieron absolutamente a nadie. Ni un movimiento en la gran urbe espacial. Ni un vehículo, ni un peatón, ni una señal de vida. Nada.

—No lo entiendo… —musitó el patrullero, tras aquella pausa contemplativa. Dio unos pasos, saliendo de los jardines adonde había ido a conducir el sendero de sombras, al abrirse una compuerta entre

un muro, un estanque y unos macizos de flores, y buscando en vano la señal de una existencia, humana o no. Tiene que haber alguien aquí…

Alcanzó una avenida rectilínea, hermosa, con diferentes niveles, destinados sin duda a peatones y vehículos. Elevó los ojos, hasta la cúspide de los radiantes edificios de esbelta línea. La soledad urbana era total. El silencio oprimía e inquietaba. No era eso lo que había esperado hallar en la hermosa urbe cósmica.

Sólo descubrió un grupo escultórico en otros jardines cercanos, y un par de estatuas en la cercana plaza donde se entrecruzaban las que, sin duda, eran avenidas principales de la superciudad.

Se aproximó a esas estatuas, curiosamente. Ya que no veía a personas de carne y hueso, cuando menos examinaría a los seres de Espaciópolis, tal como eran representados por los artistas escultores. Eso le daría una pista concreta sobre su auténtica naturaleza.

Las contempló de cerca. Era extraño. No parecían héroes espaciales, militares o políticos, como se acostumbra a hacer en todas las civilizaciones para mitificar a sus personajes célebres o populares. Es más, un grupo parecía formado por una vulgar familia de seres humanos, vestidos con bellas túnicas y atavíos insólitos. Había incluso niños y niñas en el grupo. Más allá, una de las esculturas de la avenida, le mostró lo que parecía un patrullero de servicio o encargado de tráfico en cualquier urbe normal.

Y en otro punto, una nueva estatua presentaba a un hombre sentado en un banco, entre flores y césped, leyendo algo, una especie de periódico o publicación impresa…

De repente, Moldaw entendió.

Un escalofrío sacudió su ser. Alucinado, volvió a contemplar aquellas estatuas, tocó su superficie fría, metálica, inmóvil. Los estudió más de cerca, los examinó casi de modo exhaustivo.

Regresó junto a sus compañeros. Estos observaron su rara e intensa palidez. Se alarmó Wellah, el mercader del espacio.

—¿Qué ocurre, Moldaw? Parece que hubiera visto al propio diablo…

—No sé si será así —confesó Moldaw roncamente. Sacudió la cabeza—. Es… es horrible. Espantoso. No tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido y es tan horrible? —se alarmó Zanak, clavando su singular mirada en él—. Intuyó algo atroz, patrullero...

—Debe serlo, sin duda. He contemplado muy de cerca esas estatuas...

-¿Y...?

-No son estatuas —jadeó, enjugándose el sudor que perlaba su frente, de un simple manotazo—. Son... son ellos. Los habitantes de esta ciudad... No sé qué les ha ocurrido, pero... pero SE CONVIRTIERON TODOS ELLOS EN ESTATUAS; ¿comprenden?

CAPITULO VI

—Estatuas...

—Sí, eso es. Estatuas.

—Pero... ¿cómo pudo suceder algo así? No tiene sentido.

—Sé que no lo tiene. Sin embargo, esas figuras no son esculturas ni auténticas estatuas. Las he examinado de cerca. Las he observado. Son gente. Gente normal, sorprendida en diversas posiciones y momentos, súbitamente petrificadas, endurecidas, como talladas en un extraño metal. Es todo lo que he podido comprobar.

—¿No hay ninguna posibilidad de... de un error, patrullero? —dudó Zanak, amedrentada su expresión.

—Creo que no. Está este silencio, esta ausencia de gente verdadera, de carne y hueso. Y la propia apariencia de esas formas metálicas: gente en una calle, un policía controlando el tráfico, una familia en una acera, un peatón cruzando la calzada, incluso he visto una persona asomada a una ventana de uno de esos edificios... exactamente igual que todos los demás. Nadie haría estatuas en sitios semejantes.

—¿Qué pudo suceder? —tartamudeó Lukno Wellah, tras un largo silencio.

—Es un completo misterio —confesó Moldaw, con gesto de perplejidad—. Tal vez una extraña epidemia, el ataque de alguien con un arma mortífera... No sé. Trato de entenderlo, de comprender lo sucedido a toda una comunidad a la vez... y no lo consigo.

—Quizá alguno de ellos se haya salvado... —sugirió tímidamente Zora, cuyo rostro revelaba un profundo temor a lo desconocido—. ¿No sería eso posible?

—Tal vez. Pero si es así, ¿dónde se halla esa persona o personas? No hemos notado la menor señal de existencia viviente en toda la ciudad, por el momento. Claro que apenas si hemos visto dos calles. Conviene seguir adelante, visitar esta urbe con más calma, en busca de algo... o de alguien, ¿qué les parece?

—Sería lo mejor, sí —admitió Zanak.

—Adelante —aceptó el comerciante espacial—. Cualquier cosa será mejor que seguir dudando, ignorando...

—Yo supongo que no pudo opinar en todo esto... —señaló sordamente Yamil, con gesto sombrío, huraño.

—Cierto. Tú no puedes decidir por ti —admitió Moldaw—. No estás en condiciones de hacerlo. Pero no te dejaremos solo. Vendrás con vosotros. Si algo siniestro ocurre en esta ciudad, no me parecería justo que cayera solamente sobre ti.

—No esperes que te Io agradezca, patrullero —silabeó el cautivo con acritud.

—Tampoco lo espero —Moldaw se encogió de hombros, volviéndose a los demás—. ¿Prefieren que sigamos unidos o nos separamos en dos grupos?

—Yo opto por lo primero —juzgó Zanak—. Creo que contigo al lado, patrullero, me siento mucho más seguro en este maldito lugar, tan hermoso como inquietante...

—Bien —sonrió Moldaw—. Se hará así, aunque te aseguro que si nos ataca el mismo mal que a esa gente, no será mucho lo que yo pueda hacer por vosotros ni por sí mismo.

— Aun así, Zanak tiene razón —corroboró Wellah con sinceridad —. Todos nos sentimos más seguros de este modo, sin separarnos. Sea lo que sea lo que pueda acecharnos en esta ciudad... sigamos juntos.

—Adelante, pues —invitó Moldaw, comprendiendo que acababan de hacerle responsable directo de todo cuanto pudiera ocurrir de allí en adelante, y que confiaban en él para dirigir sus pasos por lo desconocido—. Procuren fijarse en cualquier detalle que nos sea útil. Zanak, ¿recuerdas en qué lenguaje te habló aquel hombre desterrado de Espaciópolis?

—¿Mujfay? Sí. En el idioma internacional de los sistemas planetarios civilizados. Al parecer, es el que se hablaba aquí.

—Bien. Entonces, buscaremos el lugar donde residen o residieron los Señores de la Justicia y el Orden, legisladores y gobernantes de esta ciudad. Tiene que haber una inscripción en el edificio donde ellos tuvieran su lugar de reuniones, su centro de gobierno. Me gustaría saber lo que ha sido de ellos.

—Sí, a mí también —asintió el mutante, pensativo.

Echaron a andar por la luminosa y desierta ciudad. Se cruzaron con numerosas estatuas o grupos estatuarios, que fueron confirmando paso a paso lo que Moldaw les había revelado a ellos. Algunos vehículos detenidos en las vías de circulación de la ciudad, mostraban dentro a uno o más ocupantes, también convertidos en estatuas de metal de un raro color grisáceo. Aparentemente, eran como una aleación de piedra y metal o cosa parecida. Moldaw se dijo que posiblemente no era ni una cosa ni otra.

Hallaron establecimientos rotulados conforme a la lengua universal que se hallaba desde hacía siglos en los Sistemas Solares del Universo. Aun teniendo que llegar a aquella urbe mágica a través de un agujero en las Dimensiones, se respetaban allí las leyes universales como en cualquier otro planeta habitadˆ.

Esos establecimientos eran mercados de alimentación, espectáculos y lugares de esparcimiento. También había bibliotecas, centros culturales y cosas por el estilo. Moldaw sentía una profunda curiosidad por conocer interiormente todo aquello, pero habría tiempo sobrado para hacerlo cuando hubiesen explorado la ciudad en busca de algún ser viviente, aunque poco a poco, ante el silencio y ausencia de vida en Espaciópolis, empezaba a dudar de que eso ocurriera alguna vez.

Al fin Zanak señaló algo, al fondo de una amplísima plaza cuadrangular, totalmente cubierta de zonas ajardinadas y canales de agua cristalina. La luz allí resultaba resplandeciente. Pero tan fría y

desoladora como en el resto de la callada urbe sin pálpito vital, sin sonidos ni presencia viviente alguna.

—Mira eso, patrullero —dijo con excitado tono—. ¿Será ahí?

Moldaw contempló el edificio que ocupaba toda la zona frontal de la gran plaza. Era una edificación cilíndrica, muy blanca y luminosa, provista de grandes vidrieras y una inmensa puerta de acceso, guardada por seis soldados de singular uniforme, formados en diferentes tramos o escalones de gran anchura. Naturalmente, todos esos soldados eran ahora simples estatuas grises.

—Legislatura Suprema —leyó Moldaw los caracteres frontales de edificio, por encima de las grandes puertas de acceso. Asintió, ceñudo —. Sí, creo que es ahí, Zanak.

—Es un edificio impresionante —señaló Zora, que caminaba junto a él de modo instintivo.

—Lo es —asintió el patrullero, dirigiéndole una mirada de aliento —. Los rectores de este mundo no podían tener un recinto distinto. Están considerados casi como semidioses en las historias que se relatan sobre su fantástica ciudad del espacio. Auténticos sabios de gran poder y conocimientos, rigiendo un mundo distinto, donde nunca se envejece. Esa es, al menos, la leyenda... Veremos ahora la realidad.

—¿Crees que... que están también ellos petrificados? —se angustió Zanak.

—Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que sea así —asintió sordamente Moldaw, iniciando la marcha hacia el edificio—. Vosotros esperadme todos en los escalones de acceso. Yo me aventuraré solo en ese edificio.

—Puede ser peligroso... —apuntó el padre de Zora.

—No lo creo. Si. son también estatuas los Señores de la Justicia y del Orden, ¿qué mal podrían hacerme?

—No me refería a ellos, sino a su edificio. Quizá tenga otra clase de protecciones, aparte esos soldados petrificados. Y eso sí podría resultar arriesgado para cualquiera que se aventurase ahí dentro...

—Aun en ese caso, es preferible que se aventure uno solo de nosotros que no todos de una vez. Si algo me sucediera, ustedes

sabrían que existe peligro, y lo evitarían por todos los medios.

—En ese caso, ¿por qué aventurarse, Moldaw? —gimió Zora.

—Creo que es preciso. No me gusta la idea de permanecer todo el resto de mi vida en este lugar, viviendo entre estatuas y silencio, o corriendo el riesgo de convenirme también en una de esas figuras petrificadas. Ni siquiera la posibilidad de una juventud casi eterna me alivia de ese pensamiento. Pero lo cierto es que ignoramos si eso puede sucederme o no... y también ignoramos cómo poder evadirnos de este hermoso y silencioso lugar al que hemos venido a parar contra nuestra voluntad, amigos míos. La respuesta a todo eso puede estar ahí dentro. Y la buscaré.

—Entiendo —asintió Lukno Wellah—. Creo que está en lo cierto. Si ahí no existe una explicación, un modo de averiguar lo que ocurre aquí, lo que realmente sucedió y lo que puede sucedemos a nosotros, es que no existe en ninguna otra parte. Le deseo suerte, Moldaw. Estaremos esperándole fuera, no lo dude. Pero no se arriesgue demasiado. Esa gente, los Señores de la Justicia y del Orden, pudieron dejar tras de sí la forma de impedir que sus conocimientos y secretos fuesen del dominio público, y constituir ello un claro peligro para su seguridad.,

—Ya lo he pensado —sonrió Moldaw, iniciando la marcha—. Me cuidaré, palabra. Ah, Wellah, en mi ausencia, usted capitaneará el grupo, y todos le obedecerán. ¿Está eso claro, Zanak?

—Por supuesto, patrullero —asintió el mutante—. Yo obedeceré a Wellah en todo. Y todos cuidaremos de que el pillo de Yamil no escape.

Moldaw asintió, empezando a subir las gigantescas escaleras, tras caminar por los senderillos que avanzaban entre los canales y jardines de la gran plaza. Poco después, las inmensas puertas del edificio de la Legislatura Suprema de Espació-polis, engullían la que junto a ellas parecía diminuta figura del astronauta. Soldados inmutables y pétreos, parecían escoltar en silenciosa pasividad aquella temeraria acción del joven patrullero espacial.

—Y ahora, que Dios le ayude —suspiró Lukno Wellah con voz profunda, tomando a su hija por los hombros.

Zanak parpadeó, sin decir nada, dedicado a vigilar al huraño y amedrentado Yamil.

La ciudad, en torno de ellos, era como un bellísimo y silencioso cementerio hecho de luz, esplendor y habitantes de piedra.

* * *

Dork Moldaw se movió cautelosamente por los grandes salones de altísimas bóvedas y columnas luminiscentes. Todo en aquel edificio respiraba grandiosidad, magnificencia casi ciclópea. Se hubiera dicho que se hallaba en un mundo de dioses, en la antesala misma del Olimpo, tal era la majestuosa belleza del recinto.

Encontró soldados y guardianes en numerosos corredores y salas. Todos ellos habían corrido idéntica suerte a los que vieran antes en el exterior. Todo el mundo en Espaciópolis, había tenido un final semejante. Todos eran simples* figuras petrificadas, de un gris metálico.

Finalmente se detuvo ante un enorme portón blanco, sobre cuyo arco se leía en caracteres grabados en el muro blanco y luminoso:

SALON DE LA SUPREMA JUNTA

Impresionado, llegó ante las puertas tras de las cuales imaginaba la existencia de toda la sabiduría imaginable. Allí, sin duda, se reunían en deliberación los llamados Señores de la Justicia y del Orden, los cerebros rectores de aquella maravilla cósmica que era la Ciudad del Espacio.

Se consideró entonces tremendamente pequeño, insignificante ante la grandeza del lugar que iba a hollar con su presencia, tal vez por primera ocasión a lo largo de los tiempos. Quizá nunca ser alguno que no fuese uno de los miembros de aquel consejo de la sabiduría y de la Ley llegó a penetrar en aquel recinto.

Y él iba a intentarlo ahora, aunque la muerte pudiese esperar agazapada al audaz intruso tras aquellas puertas herméticas.

Dio unos pasos, tanteó las grandes puertas blancas, buscando algún

resorte, algún mecanismo para abrirlas, puesto que carecían de tiradores, cerraduras o cualquier otro procedimiento habitual.

No necesitó hacer nada. Absolutamente nada.

Silenciosa, majestuosamente, las dos hojas comenzaron a abrirse. Se deslizaron lentamente a ambos lados, hundiéndose en el muro, para dejar franqueado el paso.

Moldaw retrocedió, impresionado. ¿Era un oculto mecanismo automático, todavía en funcionamiento el que accionaba aquellas puertas... o había un oculto poder, vivo todavía, en la hermosa ciudad sin sonidos ni presencia viviente?

Se mantuvo indeciso, mientras al otro lado de las puertas recién franqueadas era visible Ia llamada Sala de Suprema Junta.

Era como un tribunal impresionante y magnificente. Un semicírculo, ante un' estrado altísimo, parecía dispuesto para que un imaginario reo escuchase la sentencia que había de condenarle. En derredor de ese semicírculo, una hilera de-bancos como en un antiguo Senado.

Y tal vez eso es lo que era: el Senado de los semidioses. Allí se reunían, allí legislaban y gobernaban, y el semicírculo acogería durante su intervención a cada uno de los presentes, escuchado por todos los demás, mientras una presidencia regía los conciliábulos y sesiones.

Pero fue algo que había más allá del gran estrado lo que llamó en el acto su atención.

Ocupaba la totalidad de un muro semicircular, y sus destellos eran resplandecientes. Docenas de tubos luminosos formaban como la tubería de un gigantesco órgano. Pero Moldaw sabía que aquello no estaba hecho para emitir sonidos musicales precisamente. Aun siendo diferente a como él las conocía, supo que aquélla no era sino una gigantesca computadora de ignorada actividad y mecanismo desconocido.

Tal vez la fuente de sabiduría de Espaciópolis. Quizá el banco de datos y de conocimientos de unos superhombres.de la Ciencia y de la Técnica.

Avanzó resuelto. Por el momento, nada estaba sucediendo. No parecía haber trampas mortales para los intrusos en aquel recinto. Era

posible que los sabios no necesitaran de tales recursos para mantenerse siempre en su plano, superior al de los demás mortales, habitantes de la Ciudad del Espacio.

Subió los escalones del estrado, rodeó éste, y se encontró frente a la gran máquina empotrada en el muro, cuyos paneles relucían con centelleos irisados. Esferas y tubos formaban un complejo conjunto cuyo funcionamiento y actividad le eran totalmente desconocidas.

Moldaw trató de adaptar aquella visión a sus propios conocimientos de las computadoras convencionales que se utilizaban en su mundo y en otros', y las habituales en las naves y centros de la Policía Espacial. No le encontró parecido alguno con ninguna de ellas. Era un concepto nuevo y diferente de tales sistemas cibernéticos.

Miró a su alrededor, pensativo. No vio a nadie en torno, por Io que siguió sin saber cuál sería el aspecto real de los misteriosos Señores de la Justicia y el Orden, tal vez petrificados en algún lugar de difícil acceso.

Había encontrado, sin embargo, algo de gran valor, donde podía estar almacenada la sabiduría de unos hombres superiores, y no se marcharía ya sin tratar de conocer algo del funcionamiento de aquella máquina.

Tras un minucioso examen, dio con una serie de pequeñas esferas, alineadas en grupos, e imaginó que se trataba de resortes o botones para poner el funcionamiento determinadas zonas de la gran computadora.

Pero ¿cuáles, exactamente?

El único medio de saber algo, o de intentarlo cuando menos, era probando.

Y probó.

Sus dedos presionaron resueltamente una de las esferas.

Apenas las tocó, esa pequeña esfera se iluminó en vivos colores, y radiantes tonalidades cambiantes comenzaron a correr por los tubos, en un juego luminoso realmente fantasmagórico. Maravillado, Moldaw lo contempló, preguntándose qué habría logrado con esto.

Entonces, una parte del muro, sobre los tubos, se iluminó, resplandeciente, y formó una gran pantalla fluorescente, donde

empezaron a surgir signos con gran rapidez. Moldaw los contempló. Al fin entendía algo.

Eran ecuaciones. Complejas y casi interminables ecuaciones de unas matemáticas muy superiores a las normales incluso en un astronauta y su educación. Los números, cifras y símbolos, se iban alineando, formando increíbles conjuntos matemáticos.

Luego cesó el juego de luces, pero los signos quedaron grabados luminosamente en la gran pantalla. Moldaw presionó otra esfera.

Se borró todo ello con rapidez, y comenzaron a surgir datos archivados en la memoria electrónica. Eran textos en clave, sin duda alguna, oscuros e intraducibles para Moldaw, pese a los esfuerzos de éste por comprenderlos.

—Si todo es así, estoy listo —murmuró para sí en voz alta—. No hay modo de ver claro en todo ello. Es demasiado complejo, quizá dispuesto en clave, para que sólo los sabios de este lugar lo comprendan. Sin embargo, de alguna forma debe poderse traducir a lenguaje normal, pero ¿cómo? Esta máquina sigue pareciéndome demasiado compleja...

No obstante, iba incansable. Una esfera tras de otra, fueron manejadas por los dedos nerviosos del patrullero, obteniendo siempre idénticos resultados. El banco de datos estaba sin duda programado en una complicada clave que sólo los que la confeccionaron podrían resolver de alguna forma.

Estaba comenzando a cansarse de aquel juego inútil, cuando casualmente presionó la esfera adecuada.

En la pantalla se borraron todos los signos. Y ahora, lo que apareció en ella, sobre un fondo púrpura bellísimo, fue un rostro humano.

Moldaw parpadeó, asombrado, clavando sus ojos atónitos en la pantalla. Avanzó, hasta situarse bajo la gran pantalla. El rostro gigantesco parecía encararse con él, contemplarle fijamente con sus grandes, inmensos ojos color dorado, no sabía si con reproche, con cólera o con desprecio.

Era un rostro sorprendente, de majestuosa presencia. Firme, enjuto, de facciones muy marcadas, de cabellos muy blancos y densos enmarcando su faz, y con un cuello blanco, en el que se veían unas siglas cobre un círculo fosforescente.

Pronto perdió todo temor a la imagen. No había ira, censura o desprecio en su mirada. No era hostil hacia él. Por la sencilla razón de que ni siquiera estaba allí en estos momentos ni podía verle.

La voz que emergió, clara y firme, desde la pantalla, utilizando el lenguaje universal, le reveló su naturaleza inmediatamente:

—Esto es una grabación visofónica —dijo gravemente el hombre de blanco cabello y ojos de oro. Y prosiguió, tras una pausa—: Hablo a cualquiera que llegue a esta sala en el futuro, cuando nosotros ya no existamos, vencidos por el Mal de Mastrud. Si ese alguien logra llegar aquí y conectar esa grabación, habrá hecho méritos para conocer la verdad de este mundo nuestro que se extingue sin remedio.

Hizo una pausa la voz grabada junto a aquella imagen. Moldaw escuchaba, fascinado, la voz del semidiós allí representado. Sabía que estaba ame uno de los Señores de Ia Justicia y del Orden, aun antes de decirlo él mismo, en el párrafo siguiente:

—Yo, Alex Koln, Legislador de Espaciópolis, miembro del Supremo Consejo de la Ciencia, y Señor de la Justicia y el Orden, dejo aquí reproducida mi voz y mi imagen, para que quien llegue a esta ciudad en el futuro, sepa a tiempo el peligro mortal que le acecha, y escape de él lo antes posible. Desgraciadamente, la fuente de energía que nos alimenta y mantiene en el espacio sin unión gravitatoria con mundo alguno, existe y existirá durante milenios en toda su fuerza, y atraerá inevitablemente, con el Rayo Absorbente, a cualquier nave que se aproxime a esta ciudad, manteniéndola alojada en el subsuelo, y permitiendo que sus ocupantes visiten la ciudad sin obstáculos. Pero en esa forzosa arribada a nuestra maravillosa ciudad, estará sin duda el mayor peligro para los que aquí lleguen, ya que no podrán escapar entonces a los efectos del Mal de Mastrud. Y ese Mal es el que nos está convirtiendo en estatuas, en esa horrible materia que, sin ser piedra ni metal, tiene la frialdad y dureza de cualquiera de ellos. Yo mismo empiezo a notar el mal en mis manos y pies. y sé que lentamente me iré petrificando sin remedio, hasta ser uno más en una ciudad muerta. Espaciópolis, orgullo del Universo, recinto de sabiduría y juventud, edén de vida y de amor, está organizando en una muerte implacable y feroz que termina con todos nosotros y nuestros sueños.

»Por ello tú, viajero espacial que ahora puedes escucharme, intenta huir pronto de aquí. Escapa de este mundo, antes de que sea tarde y el mismo mal os ataque a vosotros irremisiblemente. Nosotros, con todo nuestro poder y sabiduría, que se consideran infinitos, nada

podemos hacer contra el mal. La medicina es inútil, como lo son los métodos de todo tipo. Hemos consultado todas nuestras fuentes de sabiduría sin obtener remedio alguno. Nuestros dioses no han oído nuestras plegarias. El milagro no se produjo, y nuestra voz se perdió en lo inútil. Vamos a morir. Y éste es el mensaje póstumo de un ser que se creyó superior a los demás y que, sin embargo, va a seguir su mismo triste destino, sin remedio alguno. Triste lección de humildad, que acaso llegue demasiado tarde, pero que debe alertarte a ti, que me escuchas ahora. ¡Huye, extranjero! ¡Escapa de esta ciudad! Pero para ello, debes destruirla, destruir sus fuentes de energía, para que tu nave pueda abandonar definitivamente, y para siempre, este lugar hermoso que es ahora de pesadilla.

»No te dejes tentar por las riquezas de la urbe, por los metales preciosos y las gemas que puedas hallar a tu alcance. Todo ello, en efecto, tiene un valor incalculable, lo mismo que nuestro depósito de *cosmium*, el elemento más valioso imaginable, puesto que una simple cápsula del mismo puede conceder poder infinito a cualquiera que la posea. Pero todo eso no debe cegarte estúpidamente. Tu codicia de nada te valdría, si una vez inmensamente rico, te atacase el Mal de Mastrud, y terminaras como una estatua más entre todas las que pueblan esta ciudad. Si traes contigo a alguien más, que siga tu ejemplo y se marche contigo. Pero no os llevéis nada de esta ciudad, nada que nos haya pertenecido. Recuerda que el origen de este mal sigue siendo desconocido, y que cualquier cosa nuestra puede estar contaminada. El sabio Mastrud fue el primero en sufrir este mal, y por ello tomó su nombre.

»Recuerda: debes acabar con la energía que mantiene flotando en el espacio a nuestra ciudad. Cuando lo hayas hecho, dispondrás solamente de un breve tiempo para volver a tu nave y huir sin problemas. Ya no habrá fuerza magnética que te retenga sujeto a Espaciópolis. Para destruir esa fuente de energía, te bastará con localizar su situación exacta, que es la Torre Galáctica. La más alta torre de esta ciudad, extranjero. Entra en ella, sube a su cima, y allí verás la planta energética central. Conecta los desestabilizadores, y escapa en el acto. El *cosmium* allí acumulado empezará a entrar en reacción negativa, hasta su destrucción. Y con él, todo esto será un terrible caos. Que te encuentre lejos, o perecerás también en él.

»Nosotros no pudimos hacerlo, porque hemos jurado mantener encendido hasta morir el fuego sagrado de la vida, que no es otra cosa que esa energía de la Torre Galáctica. Lo juramos a nuestros dioses, y es un juramento inviolable. Tú no estás atado por juramento alguno. Actúa. Destruye esto. Y con ello, a todos nosotros. Así jamás vendrá

ya nadie a perecer en esta ciudad que un día fue paraíso y hoy es infierno hermoso, callado y mortífero.

»Suerte, extranjero. Vas a necesitarla.

»Alex Koln te dice adiós.

Allí terminaba la grabación. Se diluyó la imagen en la gran pantalla. Dork Moldaw, impresionado, retrocedió, apartándose de la gran computadora.

Ya tenía una respuesta.

Ahora, debía hacer el resto. Salvar a sus compañeros y a sí mismo. Huir de Espaciópolis. Y destruir tanta belleza, para que ya nadie cayera en el futuro en esa bella trampa mortal que flotaba en el espacio...

Espaciópolis, que antes fuera paraíso de vida y juventud eternas, ahora era un cementerio letal, donde los seres vivos se convertían en metal o piedra, víctimas de una rara enfermedad llamada «el Mal de Mastrud»...

—Tengo que hacerlo —murmuró—. ¡Tengo que ir a la Torre Galáctica y destruir allí las reservas de *cosmium*!

Rápidamente, salió de la estancia, corrió hacia la salida del edificio legislativo. Iba a reunirse con sus compañeros, para explicarles lo que acababa de averiguar. Después, se procedería sin perder más tiempo a la destrucción de las fuentes energéticas que mantenían viva a la ciudad.

Era una obra tan dolorosa como necesaria. Desde más allá de la muerte, uno de los semidioses de la Ciudad del Espacio se lo había pedido a él.

Y él no pensaba defraudarle.

Alcanzó los grandes escalones exteriores donde le esperaban sus cuatro compañeros de viaje. Les vio agrupados junto a las estatuas pétreas de los centinelas del edificio. Se aproximó a ellos rápidamente, comenzando a informarles con voz nerviosa:

—Escuchad, amigos. Ahora ya sé lo que sucede exactamente aquí...

No habló más. Paró en seco,, lanzó una sorda imprecación, y trató

de empuñar su arma.

Yamil fue más rápido que él. Su mano se alzó veloz, y algo llameó entre sus dedos.

Moldaw notó una brutal sacudida dolorosa en todo su cuerpo, y el arma escapó de su mano, rodando escalones abajo. Luego, cayó de rodillas, medio desvanecido por el terrible dolor, que convulsionaba su cuerpo con ardientes oleadas.

—Un movimiento más, patrullero, y la segunda descarga será mortal —avisó duramente Yamil, el pirata asesino, que ahora iba armado, y tenía bajo su amenaza a todos los demás. Ahora, también a él.

Yamil se había liberado, y era el dueño absoluto de la situación.

CAPITULO VII

—¿Cómo sucedió?

—No Io sabemos —se quejó Zanak—. Debió manipular sus ligaduras magnéticas, o tal vez éstas se debilitaron por alguna razón. Lo cierto es que cuando quisimos darnos cuenta, él estaba armado y libre. Le quitó el arma a una de esas estatuas de los soldados. Al parecer, es una pistola de cargas eléctricas muy potentes, pero graduada sólo para conmocionar. Los soldados de esta ciudad no debían disparar nunca a matar. El sí lo hará, estoy seguro.

Moldaw contempló de soslayo a Yamil, que estaba encañonándoles con el arma, sin perderles de vista, sonriendo malignamente. Los Wellah, padre e hija, se abrazaban, asustados. Pero la joven tenía su mirada fija en el joven patrullero. Parecía muy preocupada por él.

Moldaw, ¿se encuentra bien? —musitó.

—Sí, Zora, gracias —suspiró el joven astronauta—. Sólo un poco aturdido.

—Pude haberte matado, patrullero —rió Yamil malignamente—. Pero me haces falta todavía. Tenemos que salir de aquí de alguna

forma, y creó que tú eres quien mejor puede hacer eso, llegado el momento.

—De eso venía a hablaros —silabeó Moldaw—, Esto es como una inmensa tumba, Yamil. Hay que salir de aquí. Ahora mismo.

—No tan de prisa —rió el pirata—. He visto algo que os pasó desapercibido a todos, camino de este lugar. Hay metales preciosos por doquier. Y adornos de gemas muy valiosas en ciertos edificios y monumentos. Todo eso valdría millones en nuestros mundos, en cualquier mercado interplanetario. Usted debería saberlo, mercader.

Lukno Wellah se encogió de hombros, indiferente.

—Soy viejo para buscar riquezas —dijo con tristeza—. No soy ambicioso. Ni me gusta robar lo que no es mío.

—Yo no pienso igual. Esos metales se pueden arrancar fácilmente. Seguro que hay más en otros sitios. La gente de esta ciudad usaba materiales muy valiosos para construir su ciudad…

—Mujfay me habló de ello entonces —recordó Zanak amargamente —. Estaba prohibido por los Señores de la Justicia y el Orden tocar nada de valor. Todo el mundo respetaba lo que era de todos. Aquí no existían la codicia ni la ambición.

—Peor para ellos. Ahora, todos no son sino piedra o metal inanimado. No necesitan para nada esas cosas de valor. Me las llevaré conmigo. Seré hombre muy rico.

—Espera, Yamil —cortó Moldaw bruscamente—. Intentar obtener riquezas aquí, es una verdadera locura. No debemos llevarnos nada, absolutamente nada de esta ciudad, porque todo puede estar contaminado.

—¿Contaminado de qué? —se mofó el rufián.

—Del Mal de Mastrud.

—¿Mal de Mastrud? ¿Qué diablos es eso, patrullero?

—Es de lo que iba a hablaros. He encontrado una grabación ahí dentro. En ella revelan lo sucedido. El Mal de Mastrud es una enfermedad que convierte en estatuas a los seres vivos. Es un proceso rápido e irreversible. No tiene remedio conocido.

— ¡Tonterías! —refunfuñó Yamil—. Sólo les pasó a ellos. Tal vez a nosotros no nos pueda suceder nada.

—Tal vez, pero no podemos correr ese terrible riesgo.

—Es que tampoco podremos escapar, diga lo que diga Yamil —avisó Zanak—. La fuerza magnética de esta ciudad es muy grande. La nave está como adherida a ella, evidentemente. ¿Cómo despegarse de Espaciópolis, sin saber la forma?

—Yo sé cómo hacerlo —silabeó Moldaw—. Para ello, es preciso destruir la fuente de energía que alimenta a esta ciudad. En esa grabación decía dónde está.

—Bien, ¿dónde? —se impacientó Yamil, malhumorado.

—En la Torre Galáctica —Moldaw señaló a la que se veía más alta, esbelta y luminosa torre de la ciudad, allá al fondo, rematada en un óvalo perfecto y radiante, justo en su extremidad—. Debe ser aquélla. En su cima hay un depósito de *cosmium* en actividad. Debemos desestabilizarlo para que se produzca su autodestrucción.

—¿Cómo? —boqueó Yamil—. ¿*cosmium* dices?

—Sí, eso es. Esa materia radiactiva es la que proporciona la energía a la ciudad. Y la que crea el campo magnético, la que mantiene flotando a esta plataforma...

—El *cosmium* es algo más que eso, patrullero. ¡Es la sustancia más valiosa del Universo! —los ojos de Yamil brillaban, codiciosos—. Un solo grano de ese *cosmium* vale más millones que un arcón de joyas y metales preciosos... *Cosmium*... Suficiente *cosmium* para dar energía a esta ciudad durante milenios... Al menos debe haber allí un bloque de él. ¡La mayor fortuna imaginable, lo que haría a cualquiera el hombre más rico de iodos los tiempos!

—Quizá. Pero el *cosmium* debe ser destruido, no robado —le recordó Moldaw—. Esas son las instrucciones.

—¡Al diablo con las instrucciones! —aulló Yamil—. Vamos a ir a por él a esa torre, sí. Pero no para destruirlo, sino para apoderarse de él. Los gobiernos de todos los planetas se volverán locos al verlo, me ofrecerán fortunas inmensas por un pequeño fragmento de él... ¡Y tú, estúpido, pretendes destruirlo!

—Yamil, te prevengo —jadeó Moldaw, muy pálido—. Si intentas

salvar esa sustancia, puede ser la muerte de todos… Debe quedarse aquí, entrar en reacción y destruirse cuanto antes, si queremos salir con vida de esta ciudad muerta…

—Ni soñarlo, imbécil —cortó Yamil, enarbolando su temible arma eléctrica—. Vamos, en marcha todos, o empiezo a disparar sin contemplaciones sobre vosotros. Vais a ayudarme en esto, queráis o no. Entre todos, podréis transportar, cuando menos, un buen bloque de *cosmium*, convenientemente embalado y aislado. Será la mercancía más valiosa que jamás habréis tenido en las manos. Y no digas más tonterías, patrullero, porque sus radiaciones no son peligrosas para el ser humano.

—No dije eso, sino que debemos destruirlo y huir, sin esperar a más. Cada momento que pasamos en esta ciudad, Yamil aumenta el peligro de que nosotros también suframos en Mal de Mastrud.

—Basta. No discutiremos más el asunto. Ahora, patrullero, quien da las órdenes soy yo, ¿está eso bien claro?

—Sí, me temo que sí —suspiró Moldaw, resignado—. Es como ir al suicidio colectivo, Yamil. Pero tú mandas… por ahora.

Los ojos malignos del pirata asesino se fijaron en él, amenazadores. Su voz sonó agresiva, cruel:

—Y seguiré mandando. Al que intente algo le mataré sin vacilar. Ya he ajustado la potencia de este arma, y cuando dispare ya no caerá nadie desvanecido o aturdido, ¡sino carbonizado sin remedio! Estáis avisados todos. Y ahora, en marcha, vamos.

Silenciosamente, los cuatro cautivos emprendieron el camino, bajo la amenaza del arma esgrimida por el asesino.

Su destino era la Torre Galáctica, aquella blanca y luminosa aguja que se erguía en medio de la ciudad maravillosa convertida en silencioso cementerio y lugar de muerte.

* * *

Allí estaba la Torre Galáctica.

Una asombrosa obra de ingeniería de los grandes arquitectos que hicieran posible aquella ciudad de fábula montada sobre la plataforma espacial. Una bellísima aguja de material plástico, rematada por el óvalo en cuyo interior ardía la fuente de energía que mantenía aquel prodigio cósmico en el vacío, sostenido como por artes mágicas.

Un rápido ascensor 1ˆ condujo en silencio hasta la cima de la torre. Al salir de la cabina cilíndrica en que viajaran a través de un vertical tubo cristalino, se hallaron ante otros guardianes petrificados. Los que protegían de intrusos de cualquier género la puerta de acceso a la fuente energética de la ciudad: el *cosmium*, la sustancia radiactiva más valiosa del Universo.

—Esos guardianes ya no evitarán nada —dijo Yamil, con torva risa —. Adelante.

Moldaw contempló a los hombres armados, ahora convertidos en estatuas grises, y se estremeció. Recordó la imagen grabada, tal como la proyectase Ia computadora en la gran pantalla.

El sabio Alex Koln, Señor de la Justicia y del Orden, un semidiós vencido por algo que no pudo dominar.

Y el Mal de Mastrud…

Ese peligro aleteaba ahora sobre ellos, invisible y fatídico. Podía estar en cualquier parte, acechándoles. Podía ser un virus, una bacteria, una simple radiación… Algo capaz de convertirles en un grupo escultórico súbitamente. Sin remedio. Sin apelación posible. Sin esperanzas…

Aquel maldito Yamil tenía la culpa de todo. Iba a convertirse en el hombre más rico del Universo, gracias al *cosmium*. Un fragmento de esa sustancia, del tamaño de una cabeza humana simplemente, significaría cientos de miles de millones en cualquier moneda interplanetaria. Eso era cierto. Pero ¿qué precio podían pagar en cualquier momento por eso loca, desmedida ambición del pirata asesino?

Miró de soslayo a Zora. Ella le sonrió. También le miraba a él. Quizá pensaban lo mismo. No deseaban morir. No ahora, que se habían conocido. Moldaw sabía que iba a sufrir más por la suerte que corriese ella, que por la suya propia.

Y, sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo. Yamil controlaba

la situación. Era un asesino nato. No dudaría en matar. Si no lo hacía, era porque les necesitaba para que le ayudasen a trasladar el *cosmium* a bordo de la nave. Luego… Luego, sí. Sería el momento de eliminarles sin escrúpulos, Moldaw estaba seguro de ello.

—No quisiera morir como toda esa pobre gente que hemos visto —murmuró Zora de repente—. Tengo miedo de ese mal…

—Cálmese —rogó Moldaw—. Tal vez tengamos suerte o seamos de diferente naturaleza que ellos.

—A mí me es igual —manifestó amargamente Lukno Wellah, con expresión dolorida—. No me importa morir de un modo u otro. Después de todo, ya soy viejo y no ambiciono mucho más de lo que la vida me dio. Sólo mi hija me preocupa, y por ella daría gustoso mi vida que carece ya de valor, Moldaw.

—Mientras sea posible, nadie debe morir —sentenció- el patrullero —. Confiemos sólo en que ese siniestro mal nos respete. Pero cada momento que pasa, el peligro aumenta para todos nosotros.

—Por eso mismo, Moldaw —dijo resueltamente Wellah—. Por eso no me importa morir antes, y rápidamente. Si a cambio de ello doy la vida a Zora… Io daré por bien hecho. ¡Aproveche la ocasión, Moldaw! ¡Yamil, tendrás que matarme, si quieres seguir adelante!

Y dé modo imprevisible, totalmente inesperado, se precipitó sobre el pirata armado. Yamil chilló al verle venir, y apretó el resorte de disparo de su arma, sin vacilar. Zora lanzó un grito de horror. Moldaw saltó hacia adelante, aprovechando la trágica ocasión, al intuir lo que el grito del anciano mercader significaba…

* * *

Yamil era un asesino.

Por eso no dudó en matar llegado el momento. Su arma despidió un rayo luminoso que envolvió al anciano. Wellah se agitó, envuelto en ese fuego eléctrico, centelleante. Su cuerpo se convulsionó con una serie de espasmos, a medida que se volvía oscuro todo él, abrasado por la carga de alta tensión surgida del arma.

Cayó sin vida, humeantes sus ropas, a pies de su asesino. Moldaw, en ese momento, alcanzaba a Yamil y le aferraba el brazo, luchando con él desesperadamente, para desarmarle.

Zanak aprovechó la ocasión para unir sus fuerzas a las del patrullero, mientras Zora lloraba amargamente, cayendo de rodillas junto al cadáver calcinado de su padre.

Justo entonces, cuando Moldaw estaba a punto de desarmar a Yamil, ocurrió lo que menos podía prever nadie.

—Quietos —dijo una voz—. Suelten a ese hombre… o les pulverizo.

Y como clara evidencia de que no dudaría en hacerlo así quien hablaba a espaldas de ellos, hubo un centelleo vivido, y Zanak, agitado por algo que tiñó de un azul violento y luminoso su cuerpo, emitió un alarido de dolor, soltó a Yamil, y cayó dando volteretas por el suelo, como si sufriese un ataque de epilepsia.

Moldaw tuvo que soltar a Yamil que, tan asombrado como él, miraba a espaldas del patrullero, a la persona que había hablado. El joven se volvió, estupefacto, sin poder creer que hubiese alguien más en la ciudad, un ser vivo capaz de hablar. Y que, por las trazas, no era precisamente un amigo.

Se encontró ante un hombre que no conocía, con las facciones y figura características de los habitantes de Espaciópolis. Esgrimía una especie de tubo, del que había partido la luz azul que derribara a Zanak víctima de tan terribles calambres.

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente, con expresión furiosa—. Ha ayudado a un vulgar asesino, a un ladrón que va a desvalijar el *cosmium* de esta torre…

El otro sonrió fríamente, sin dejar de. encañonarle, y replicó con voz sorda, sin emoción alguna:

—Ya lo sé. He podido espiarles y oír todo cuanto hablaban. Les he estado vigilando todo el tiempo, y me he limitado a seguirles.

—Tú eres un tipo de esta ciudad —jadeó Yamil, mirándole receloso—. Pero no te has convertido en estatua. ¿Por qué?

—He llevado mucho tiempo lejos de la ciudad —sonrió el desconocido—. Y no creo que la existencia de una enfermedad contagiosa. Si se petrificaron todos, sería por alguna radiación casual,

eso es todo. De ello hace ya tiempo. Ahora no peligramos. Y mi interés es exactamente el tuyo: robar el *cosmium*. Hay suficiente para que ambos seamos los más ricos del Universo.

—Vaya, de modo que tengo un aliado… —sonrió taimadamente Yamil.

—En efecto. Pero ten cuidado conmigo. No me fío de ti ni de nadie. Estoy a tu lado, y te ayudaré a obtener el *cosmium* suficiente para los dos. Si tratas de traicionarme y quedarte con todo, te mataré sin vacilar.

—Tú estás armado y yo también. Podría ser yo quien le matara, si me anticipo a tus intenciones —rió Yamil, sarcástico.

—Inténtalo si quieres —se mofó el desconocido—. Tu arma no me causa daño a mí.

—¿Estás loco? —gruñó Yamil—. ¡Su carga está situada a máximo nivel, es alta tensión, tú has visto morir en el acto a ese estúpido anciano!

—Te he dicho que lo intentes. Dispara sobre mí, vamos. No dudes en hacerlo.

—Te… te fulminaré.

—Ya veremos. ¿Por qué no disparas? No pienso replicarte…

Yamil dudó. Estaba pensando astutamente que aquel nativo de Espaciópolis podía serle de mucha ayuda, y muerto no valdría para nada. De modo que bajó su arma.

—No —negó—. No dispararé sobre ti. Como dices, seguro que sobra *cosmium* para los dos.

—Ahí dentro, en la pila energética, hay *cosmium* para hacer potentados a millares de hombres —suspiró el extraño—. Pero insisto: dispara sobre mí. No temas que muera. No me harás el menor daño. ¡Vamos, dispara!

Yamil apretó la boca, furioso, y disparó.

El fogonazo centelleante, la poderosa carga eléctrica de alta tensión, golpeó al desconocido de lleno. Ni siquiera se estremeció. Su cuerpo se iluminó un momento, como algo incandescente, pero eso

fue todo. Se extinguió la carga eléctrica, y él siguió imperturbable, sin sufrir daño alguno. Ya-mil lanzó una imprecación.

—Es cierto... —jadeó—. La descarga no te afecta, maldito seas...

—Te lo dije —rió el otro—. En cambio, mi arma puede aturdir o matar, según yo lo desee. Es conveniente que no lo olvides en lo sucesivo.

—Me gustaría saber quién diablos eres, realmente —gruñó el pirata.

—Yo lo sé —dijo inesperadamente Zanak, incorporándose a medias en el suelo, mientras salía de su aturdimiento. Señaló al desconocido, con mano temblorosa, revelando en su rostro un enorme estupor—. Yo le conozco... Ese hombre... ese hombre se llama Mujfay...

—¡Mujfay! —exclamó Moldaw, perplejo—. ¿Pero no le enterraste en Altax?

—Exacto. Lo enterré allí, maldito sea. Pero no sé cómo, está ahora aquí. Es él, Mujfay, el hombre que me habló de esta ciudad. Sólo que ha vuelto a recuperar su juventud...

CAPITULO VIII

Yamil estudió con recelo al hombre. Este sonreía, mirando irónico a Zanak. Luego, muy lentamente, afirmó con la cabeza, sin dejar de sonreír. Hubo algo maligno e inquietante en su voz:

—Sí, él tiene razón. Ese pirata mutante me ha reconocido. Soy Mujfay, y él me dejó por muerto, sepultándome en Altex, cuando nos encontramos. Entonces yo estaba viejo y enfermo, desterrado de esta ciudad por su consejo de sabios legisladores

—Entonces... ¿cómo está ahora aquí? —masculló Moldaw, desorientado—. ¿Cómo ha rejuvenecido y vuelto a la ciudad, cómo ha salido ele la tumba?

—Son muchas preguntas, pero todas tienen respuesta. Juré vengarme de los que me desterraron de esta ciudad, condenándome a

la vejez y la muerte. Pero lo cierto es que cuando me sentí viejo y enfermo, tuve miedo de morir y por eso hablé demasiado con ese pirata que me ayudó. Zanak cuidó de mí, y yo hablé de la ciudad, del modo de llegar a ella, pensando que ese pobre diablo jamás podría alcanzar Espaciópolis ni en sueños. Luego... ocurrió algo con lo que yo contaba. En el planeta Altax existían unos hechiceros de sorprendentes poderes. Me desenterraron para un experimento nuevo, el de dar vida a un difunto. Tuvieron éxito conmigo. Yo resucité en sus manos. Y no sólo eso. Sus poderes lograron devolverme la juventud perdida, conviniéndome otra vez en el mismo ser que fue expulsado de Espaciópolis.

—Eso va teniendo ya más sentido —jadeó Zanak, no muy convencido aún.

—Y entonces, llegó el momento de mi venganza —dijo triunfalmente Mujfay.

—¿Venganza? —saltó Moldaw, horrorizado, clavando en él su mirada—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que pude vengarme de los que me habían condenado a destierro. Obtuve de los hechiceros de Altax los medios suficientes para poder trasladarme por medios mágicos hasta Espaciópolis de nuevo. Ellos, con todo su poder, no fueron capaces de impedir mi regreso. Sus sistemas de seguridad, su envoltura magnética y todo lo demás, de nada servían contra la magia. Y pude entrar en Altax sin ser advertido, sin que nadie, jamás, sospechara mi presencia en esta ciudad.

—Magia... —repitió sordamente el patrullero Moldaw, estremeciéndose—. Cielos, magia y hechicería en estos tiempos, en mundos de progreso, ciencia y técnica... El retorno al oscurantismo, a la alquimia...

—Algo así —rió Mujfay—. ¿Le sorprende? Hay cosas más poderosas en los mundos y en los cielos de lo que los seres inteligentes imaginan. Cosas muy por encima de la Ciencia, la técnica, el progreso, los avances de la industria, de la astronáutica... Cosas que os aterrarían. Poderes de la oscuridad y de lo Desconocido, fuerzas ocultas y misteriosas que os causarían pavor y asombro. A ellas recurrí yo para mi venganza. Y así llegó mi momento... y me vengué. ¡Sí, me vengué de todos!

—Dios mío... —susurró Moldaw, inclinándose y tomando por los

hombros, tiernamente, a Zora Wellah, que seguía sollozando junto a su difunto padre. La atrajo hacia sí, y murmuró, sin quitar sus horrorizados ojos de Mujfay, el resucitado—. El Mal de Mastrud...

—Eso es —los ojos del hombre de Espaciópolis brillaban fanáticos, demenciales—. ¡El Mal de Mastrud, como lo llamaron los superhombres, los que se creían casi dioses, dueños de toda la sabiduría del cosmos! ¡Nunca imaginaron que el Mal de Mastrud fuese sólo... MAGIA!

—Magia... Como un viejo cuento de hadas, convenido en horrible realidad —susurró .Moldaw—. Un pueblo entero petrificado...

— ¡Sí, sí!

—No era un virus, ni una bacteria, ni una radiación... Nada de eso. Lo más simple, lo más infantil en apariencia, lo más inverosímil también... ¡Hechicería, un encantamiento propio de tiempos arcaicos!

—Llámalo como quieras. Un poder que me fue concedido. El mismo poder que me hace inmune a ese arma de Yamil, el pirata. El mismo poder que me ha permitido volver a la vida, ser joven nuevamente...

—¿Los hechiceros de Altax te dieron todo eso? —jadeó Zanak, incrédulo.

—Todo eso, sí.

—¿A cambio... de nada?

Esta vez, Mujfay vaciló. Parecía no haberle gustado la pregunta. Moldaw le miró, escudriñador. El eludió su mirada. Y eludió también una respuesta concreta:

—Bueno, siempre hay algo que dar a cambio de algo... —dijo, evasivo—. Eso es cosa mía. Lo cierto es que estoy aquí. Que toda la ciudad es un inmenso cementerio de estatuas. Que su orgulloso poder fue exterminado a un simple conjuro mío. Y que desde entonces, yo soy el único habitante en ella, dueño y señor de un mundo de fábula. Pero la soledad me aburre, mi obra me hastía ya, y quiero regresar a otros mundos más divertidos, donde gozar y vivir feliz. Tú, Yamil, tuviste una buena idea. El *Cosmium* nos hará inmensamente ricos a ambos. La vida, con fortuna, es todavía más hermosa.

—Sí, Mujfay —dijo lentamente Moldaw, que creía entender el resto

de la extraña y alucinante historia de aquel vengativo ser regresando de la tumba—. Tienes ya todo lo que ambicionaste: juventud, vida, venganza, poder, riquezas… Te dieron todo eso los brujos de Altax. A cambio de algo que tú has de darles al fin de tu vida, ¿no es cierto? ¡Tu alma!

— ¡Ya basta! —rugió el resucitado con voz airada, mirándole colérico—. Si es mi alma la que debo entregar, es asunto mío. Y cualquier cosa valdrá la pena, con tal de gozar de esos placeres. De ser joven, de tener vida, de ver cumplida la venganza… y de poseer la mayor fortuna del Universo.

—No lo creas, Mujfay. Cuando te sepultó el bueno de

Zanak en Altax, iba a empezar para ti un reposo eterno, el descanso merecido que todos los seres vivientes ganamos al fin de nuestra vida. Ahora, para ti, ya no habrá ese reposo. Serás un ser condenado a vagar sin alma, endemoniado en muerte como lo estás en vida… No, Mujfay, no habrá valido la pena hacer lo que hiciste. No hay nada que pueda tener más valor que Io que tú ofreciste en contrato a los seres de las Tinieblas. Tu alma era lo más valioso de tu persona., y la has entregado por un puñado de favores siniestros y sin valor.

—Maldito cerdo, ¡cierra el pico de una vez! —aulló Mujfay iracundo—. O irás a hacer compañía a ese anciano loco… Vamos, se acabó la charla. Vamos a por el *cosmium*. Luego será el momento de partir…

Moldaw no dijo nada. Siempre llevando a Zora por los hombros, acogida contra su pecho, sin que ella cesara en sus amargos sollozos, siguió a Yamil y a Zanak. Cerraba la comitiva el propio Mujfay, con expresión malhumorada. Evidentemente, no le había gustado la mención de su pacto con los hechiceros de Altax.

Una puerta se abrió ante ellos, franqueándoles el paso a la cámara de Ia energía. Un resplandor vivísimo, casi les cegó.

—Mirad —dijo Yamil, fascinado—. ¡*Cosmium*! Hay toneladas de él ahí abajo… Es lo más fabuloso que jamás vi…

Moldaw no hizo comentario alguno, pero estuvo de acuerdo con Yamil en ese punto. Asomado a una barandilla, pudo contemplar, al fondo de aquel recinto ovalado, la masa de sustancia energética que brillaba al fondo, dentro de un recipiente cristalino. Era una cantidad fabulosa del elemento químico más valioso del Universo. Aquella masa podía dar energía a Espaciópolis durante milenios. Arrancada

una pequeña parte de ella y trasladada convenientemente a los mercados universales significaría la fortuna más increíble para su poseedor.

La barandilla formaba círculo en torno al pozo donde se amontonaba el *cosmium*. Todos miraban fascinados aquella fuente inagotable de poderosa energía. Ahora sabía Moldaw Io inútil que hubiera sido destruir tal riqueza energética, como deseaba Alex Koln. Ellos, los sabios, los semidioses de Espaciópolis, jamás pudieron imaginar que el presunto mal, la enfermedad que petrificó a todos los habitantes de la urbe espacial, pudiera ser un simple acto de hechicería.

Ellos, como hombres de ciencia, rechazarían en todo instante lo que creían una superchería antigua, una simple superstición o una fábula para niños. Ellos no podían creer en hadas y brujas, en hechiceros y magos, en poderes infernales y en fuerzas ocultas.

Y, sin embargo, ésa era la explicación de todo.

Como si una perversa varita mágica hubiese tocado a todos y cada uno de los habitantes de Espaciópolis, un poder maligno les había convertido en lo que eran. En simples estatuas. Nadie peligraba en aquella ciudad, a menos que Mujfay, el perverso desterrado, dejase sueltos en su ámbito los espíritus del Mal. No existía virus, bacteria ni radiación. Solamente un encantamiento cruel, una obra demoníaca de venganza.

¿Cómo imaginar jamás los superhombres de la Ciencia algo semejante?

—-Actuemos —dijo Mujfay con ojos centelleantes de codicia, fijos en la inmensa fortuna en material energético allí acumulado—. Usted bajará con Zanak a recoger el *cosmium*. Sus radiaciones no son letales, a menos que se someta uno a sus efectos durante días enteros. Yamil interrumpirá la fusión, y como esa sustancia se enfría inmediatamente, podrán manipularla. Suban cuanto les sea posible. Luego, bajarán a por más. Prepararemos los recipientes, y los cargaremos en la nave que os trajo aquí. Después, mi poder mágico se encargará de alejarnos de Espaciópolis para siempre…

No había ninguna posibilidad de negarse. Si lo hacía, Moldaw sabía que el desterrado vengativo se apresuraría a eliminarle, y quizá entonces obligasen a la propia Zora a ayudarles en la tarea.

Tenía que seguir ganando tiempo, intentar alargar la situación, a la

espera de un fallo en Yamil, de un error en Mujfay, por leve que fuese. Morir no resolvía nada.

—Vamos, Zanak —invitó Moldaw al pirata—. Creo que no nos queda otro remedio…

Se dirigió a una escalerilla, que, adosada a la pared curva del recinto, descendía hasta el fondo, donde centelleaba el valioso elemento. Antes, Yamil siguió una indicación de Mujfay, y manipuló en una caja de mandos adosada al muro.

Paulatinamente, el fuego energético del *cosmium* se extinguió, y su color vivamente azul destacó con nitidez tras su recipiente cristalino.

—Ya pueden manipularlo —dijo Mujfay sordamente—. Se enfría de inmediato. Abran el recipiente por un lado. Tiene unas compuertas para ello.

Moldaw las encontró. Presionó una, que cedió suavemente. Por la abertura, se dispuso a entrar en compañía de Zanak. Ambos se miraron un momento.

—¿Es que no podemos hacer nada contra ésos? —masculló el mutante.

—Me temo que no —fue la respuesta de Moldaw—. Tienen la fuerza. Sobre todo, ese maldito Mujfay. Es un brujo, un ser poseído por los poderes infernales. Contra esa clase de arma no existe protección posible. Aunque le desarmemos, seguirá teniendo todo el poder mental suficiente para destruirnos, como hizo con esta ciudad y su gente…

—Entonces, que el Creador de todas las cosas nos asista —gimió Zanak—. Nunca he sido religioso, pero me temo que sólo el Dios único de todos los seres vivientes puede ayudarnos en este trance.

Moldaw se quedó pensativo un momento, mientras entraban en el recinto del *cosmium*. Y repitió entre dientes:

—El Dios único de todos los seres vivientes… —sus ojillos brillaron —. Sí, es toda una posibilidad. Dónde está el ser de las tinieblas… sólo Dios puede luchar y vencer. Los hombres nada podemos contra lo que no entendemos…

—¿En qué estás pensando, patrullero?

—En nada. Fue sólo una idea... Vamos, recojamos *cosmium*, o se impacientarán. Zora está con ellos, y no me gustaría que le ocurriese nada por nuestra culpa.

Ambos empezaron a recoger fragmentos azules, que iban cargando en sus manos, ya que carecían de recipiente adecuado. Moldaw sabía que el contacto con ese material no era precisamente aconsejable, pero tampoco provocaba lesiones si no se estaba en contacto con él durante mucho tiempo, tan limpias e inofensivas eran sus radiaciones.

—¡Tomad! —voceó Yamil.

Y arrojó desde la barandilla superior dos recipientes plásticos para que guardaran en ellos las piezas del elemento energético. Así lo hicieron los dos, sin replicar, mientras Zanak parecía rumiar todavía acerca de las palabras de Moldaw.

—Por un momento creí que habías encontrado una solución —musitó.

—¿Solución? —se encogió de hombros—. No sé. Quizá la haya, pero no depende de mí ni de ti. De ninguno de nosotros, en realidad.

—¿De quién, entonces? —se asombró Zanak.

—De Dios —fue la respuesta escueta. Y no añadió más.

Zanak sacudió la cabeza, como diciéndose que aquello no tenía mucho sentido, pero siguió recogiendo el precioso material, y poco después subían con su carga a reunirse con los dos rufianes y su cautiva, Zora.

—Es increíble —manifestó Yamil, con ojos relucientes—. Una inmensa fortuna en esos trozos de materia azul. Jamás nadie vio tanta junta...

—Eso es cierto. Es sólo una parte de la que nos llevaremos, Yamil —sonrió Mujfay, tan codicioso de expresión como su compinche de este momento—. Bajad de nuevo. Y traed otra cantidad igual. Será suficiente para que seamos los más ricos de todos los planetas, Yamil. Lo que vale esto es incalculable. Y podemos venderlo a trozos infinitamente pequeños, todos ellos a un altísimo valor.

Asintió Yamil, entregando otros dos recipientes a Zanak y Moldaw. Ambos descendieron de nuevo. La mirada de Zora se cruzó, una vez más, con la del joven patrullero. Había patetismo y emoción en ella. Y

también ternura. Y miedo.

Descendieron nuevamente. Yamil se dedicaba a tocar y acariciar los fragmentos de *cosmium* como el avaro que manipula los montones de oro que oculta a los ojos de todos. Mujfay se limitaba a mirarle, algo despectivo, pero con una complacida sonrisa en su rostro.

Y abajo, Moldaw y Zanak reanudaban su tarea, recogiendo trozos del material.de incalculable valor.

De repente, habló Moldaw:

—Creo que ya lo tengo.

—¿Tienes... el qué? —jadeó Zanak, perplejo.

—La solución.

ˆ¿De veras? ¿Es posible que haya una posibilidad contra esos canallas?

—Ya te dije que no por nuestra parte. Yamil es un asesino, pero no le temo. Puede ser vencido. El más peligroso, el que nosotros jamás podríamos vencer, es Mujfay.

—El muy perro... De haber sabido que iba a. resucitar, aquel día en Altax le hubiese incinerado, en vez de sepultarle. ¿Cómo podía imaginar yo que iba a ser tan malvado, y que volvería a la vida por artes de hechicería?

—Eso nadie puede preverlo. Hemos cometido el error de creer que la ciencia y la técnica lo explicaban todo en el Universo. Y no es así. Existe algo más, algo que no entendemos, pero que está ahí. Existen fuerzas, las del Bien y el Mal. Existe un demonio y, por tanto, existe un Dios, Cuando las fuerzas de la oscuridad atacan, nadie sino las fuerzas antagónicas pueden vencerlas.

—Sí, pero ¿dónde están esas fuerzas?

—Aquí.

—¿Aquí? —Zanak miró en torno, asombrado, mientras recogía *cosmium*.

—Y en todas partes, Zanak. Tú no lo entenderías. Pero sólo Dios, el único Dios en quien yo creo, puede estar en todos los lugares a la vez. No esos dioses de sabiduría y ciencia en que creían los superhombres

de Espaciópolis. No las deidades paganas de algunos planetas. No, no es eso. Sólo un Dios. ¿Entiendes? Uno sólo. Y El, que creó el Universo en que vivimos, es la única fuerza capaz de terminar con el Mal, con los poderes siniestros de Mujfay.

—Sí, pero ¿en qué forma? ¿Cómo llegar hasta ese Dios en quien tú crees?

—Es lo que se me ha ocurrido ahora. Tal vez escuchó mi plegaria muda, y me iluminó. Ahora sé lo que hay que hacer. Tú me ayudarás, Zanak. Será cuando subamos esto, ¿entendido?

—Sí. ¿Qué podemos hacer contra ellos?

—Escucha...

Zanak escuchó. Y asintió.

Momentos después, cargados de nuevo, subían a la plataforma circular donde les esperaban los dos compinches y Zora.

Y Moldaw actuó.

Actuó contra las fuerzas de las Tinieblas. Contra un ser que había vendido su alma a cambio de los poderes maléficos de la hechicería.

CAPITULO IX

Fue cuando Moldaw depositaba su carga ante Mujfay. Era el mejor momento, quizá el único.

Y lo hizo. Lo hizo, jugándoselo todo a una carta. Poniendo íntegramente su fe en ese Dios único en el que él siempre había creído.

En quien podía vencer a las artes siniestras que los seres de la sombra otorgaran a Mujfay en el planeta Altax, a cambio de su propia alma.

Uno de los fragmentos de *cosmium* que había recogido era singularmente puntiagudo, como un puñal de pedernal, azul y afilado.

Iba encima de toda la carga. Mujfay contemplaba absorto el cargamento, cuando Moldaw dijo, tomando la pieza azul y punzante con aire inofensivo, casi distraído:

—Mirad. Este fragmento es extraño… Tiene algo raro grabado en él… Es… es una forma como… como una Cruz…

Y cuando Mujfay miró la pieza puntiaguda, en efecto, descubrió la cruz que el propio Moldaw había grabado con otro fragmento de *cosmium* en su superficie.

Lanzó una sorda imprecación y reculó, como si algo en aquella pieza le horrorizase. Justo entonces, lo que hizo Moldaw, aprovechando su desorientación y terror, fue clavar con todas sus fuerzas el fragmento de material en su pecho. Justo sobre su corazón.

El *cosmium* puntiagudo penetró en la carne con asombrosa facilidad, clavándose recto en su corazón. El alarido que escapó de labios de Mujfay fue espantoso, increíblemente agudo y desgarrador. Su faz se tornó cenicienta, sus ojos enrojecieron… y se empezó a desmoronar, hecho jirones de carne grisácea, rugosa y viejísima, ante la mirada desorbitada de Yamil, que no daba crédito a sus ojos.

Zanak aprovechó ese instante para descargar con el recipiente lleno de material un impacto demoledor sobre la cabeza del pirata asesino, antes de que éste tuviera tiempo de utilizar su arma contra ellos.

Derrumbóse Yamil, inconsciente, sangrando en abundancia por la herida, mientras ante Moldaw, el mortalmente herido Mujfay era solamente un extraño montón de jirones humanos, acaso viejos de siglos, como polvo ceniciento, que en nada recordaba al ser original, tal como Zanak o él le conocieran.

Con ojos desorbitados, Zanak contemplaba aquello que consideraba un delirante e incomprensible prodigio, y luego su mirada se dirigió al rostro crispado y triunfante de su compañero de peripecias, para murmurar con voz entrecortada:

—¿Cómo pudiste… vencer a un demonio como él?

—Precisamente por eso, Zanak —respiró hondo Moldaw, contemplando también con cierta maravillada expresión aquel inverosímil amasijo humano que yacía a sus pies, y que un momento antes de ser herido en pleno corazón por el fragmento de *cosmium* afilado, era un ser viviente, lleno de poder y de maldad, dueño absoluto de la situación. Tras una profunda inspiración, Moldaw

añadió lentamente—: Porque él era el Mal, pude vencerle con armas arcaicas, que posiblemente te resulten inconcebibles, porque jamás llegaron a tu conocimiento. Por fortuna, lo recordé a tiempo.

—¿Recordaste, qué? Cuando me hablaste de ello allá abajo... no podía entenderlo.

—Pero me seguiste, y eso es lo importante —miró a Yamil, inconsciente por el rudo golpe que le descargara Zanak, y luego sus ojos se clavaron, llenos de ternura y de esperanza, en la demudada e incrédula Zora, que contemplaba sin comprender absolutamente nada, lo que para ella suponía un prodigio mágico, inexplicable. Preguntó el joven patrullero, yendo hacia ella con paso firme—: ¿Te encuentras bien, Zora?

—Sí... Creo que sí —gimió ella. Se estremeció y, al tener cerca a Moldaw, se aferró a él, buscando protección y fuerza—. Pero ¿qué ha sucedido aquí hoy, Moldaw? Esto no tiene sentido, también parece obra de brujería...

—Sin embargo, nada más lejos de la verdad —sonrió Moldaw suavemente—. Lo que hoy han visto tus ojos no es otra cosa que la obra de ese Dios único que nos creó a todos, y que simboliza el Bien, en su eterna lucha contra el Mal, representado en este caso por Mujfay, el resucitado, el vampiro...

—¿Vampiro? —repitió ella, pestañeando—. ¿Qué es eso?

—Es largo de explicar —suspiró él—. Ya te contaré más adelante... Ahora, liguemos a Yamil, y veamos qué ha sucedido fuera de este lugar, aunque empiezo a imaginarlo...

Zanak se encargó de sujetar firmemente a Yamil, el asesino. De Mujfay no había que preocuparse. Era sólo polvo, un cuerpo carcomido por la vejez y por la muerte, pese a que sólo hacía unos momentos que había muerto. De su ser no había brotado una sola gota de sangre.

Cuando iban a alcanzar la salida del recinto, tras arrojar de nuevo las cargas de *cosmium* al fondo, ante la desolada expresión de Zanak, cuyo espíritu piratesco se resentía, a fin de cuentas, ante la pérdida de una fortuna tan fabulosa, las puertas se abrieron súbitamente... ¡y los soldados de Espaciópolis que poco antes eran simples estatuas grisáceas e inmóviles, aparecieron, arma en ristre, interceptándoles el paso!

— ¡Quietos todos, o serán muertos sin piedad! —bramó un oficial de la guardia, con tono y gesto de pocos amigos—. Nadie puede entrar en el recinto de energía de la ciudad, y menos aún los extranjeros. Seréis conducidos a presencia del Consejo Supremo de los Señores de la Justicia y el Orden, y severísimamente castigados por ello, conforme, a la legislación de Espaciópolis. Os recuerdo que cualquier intento de resistencia, significa la muerte inmediata, piratas.

—¡El no es ningún pirata! --protestó Zanak, apurado, señalando a Moldaw—. Es un Patrullero de la Policía Espacial' Y esa joven es...

—Serénate, Zanak —sonrió Moldaw, haciéndole un gesto para que callara, mientras las armas de los guardias se apoyaban en ellos sin contemplaciones—. No trates de explicarles nada. No te escucharán. Y si te escuchan, no te creerán. Entrégate sin resistencia.

—Pero... pero esto es injusto... Además, ellos estaban paralizados, hechos piedra...

—Imaginaba que sucedería algo así con ellos —murmuró Moldaw, pensativo, entregándose sin la más leve resistencia a los guardianes de la Torre Galáctica—. En cuanto desapareciese el autor de la hechicería, con todo su siniestro poder... éste desaparecería con él. Y las cosas volverían a ser como eran.

—Pero ellos nunca lo creerán, Moldaw —se lamentó Zora, asustada.

—Esperemos que sí —sonrió serenamente Moldaw—. Pero no hablemos hasta el momento adecuado, amigos míos.

—Y... ¿qué momento será ése? —masculló Zanak, mientras era ligado por.los guardianes.

—Cuando estemos ante los sabios de Espaciópolis, no antes.

* * *

El relato de Moldaw, había terminado.

Alex Koln, presidente del Consejo Supremo, permaneció callado,

con su hermético y noble rostro sin revelar emoción alguna, sus penetrantes ojos fijos en Dork Moldaw, y la luz radiante de la sala nimbando sus blancos cabellos.

En persona, el sabio resultaba aún más impresionante y majestuoso que en la grabación que escuchara Moldaw en su visita al edificio del Consejo Legislativo.

Le rodeaban, sentados en hilera en aquel semicírculo impresionante, los demás legisladores de la Ciudad del Espacio. Todos los rostros revelaban una total ausencia de emociones. No podía saber Moldaw si le creían o si no admitían una sola palabra de su historia.

Finalmente, Koln habló pausado, usando, como Moldaw,

el lenguaje interplanetario oficial, común a todos los mundos habitados:

—Te hemos escuchado, Dork Moldaw. Tu historia es bastante inverosímil.

—Lo sé—suspiró Moldaw—. Pero es la verdad.

—Aún no has dicho de forma convincente por qué un simple trozo afilado de *cosmium* pudo producir no sólo la muerte súbita de ese perverso personaje, sino también su transformación en simple polvo ceniciento… y el retorno de todos nosotros a nuestro estado anterior, pese a sufrir el Mal de Mastrud.

—Porque el supuesto Mal de Mastrud jamás existió. No era una enfermedad, no era un virus ni una bacteria. Era simple magia. Hechicería maléfica, obra de un ser que había entregado su alma a las fuerzas de las tinieblas. Al Señor de la Oscuridad. Entonces recordé que, en ciertos viejos legajos que leí una vez en un remoto planeta, cuya vida y civilización están hoy en día extinguidos, se hablaba de leyendas e historias de tiempos remotos, en los que se citaba a una especie de seres que nosotros jamás conocimos: los vampiros.

—¿Vampiros? —repitió con escepticismo Koln, el Legislador.

—Eso es: vampiros.

—¿Y qué son? Nuestra ciencia es muy amplia, Moldaw. Sin embargo, nunca oímos hablar de ellos. ¿Qué planeta habitaban?

—No habitaban ningún planeta. Pero abundaron en una época de

ese viejo mundo del que os he hablado, situado en un remoto Sistema Solar. Hoy en día, ése es un mundo extinguido, donde sus habitantes murieron por agotamiento de energía naturales, de alimentos y otros productos, a causa de una superpoblación desmedida. Luego hubo guerras terribles, exterminio y radiactividad letal, y sólo unos pocos se salvaron, emigrando en astronaves a lejanos mundos. Ese planeta se llamaba Tierra. Así consta en sus escritos que yo hallé en las ruinas de una de sus antiquísimas ciudades. Es posible que muchos de los humanos que hoy vivimos en otras Galaxias, procedamos de alguna forma de aquella antigua raza humana extinguida. Pues bien, sea como fuere, allí hubo

Vampiros o No-Muertos. Eran seres que, después de morir, volvían a la vida, para beber sólo sangre de otros seres humanos, a los que también vampirizaban. Mujfay se diferenciaba de esos seres en dos cosas: que no necesitaba sangre para vivir, y que no le era absolutamente indispensable ocultarse a las luces de los soles, como a los viejos vampiros terrícolas. Pero en el fondo era una misma especie la suya y la de ellos. Eran siervos del poder del Mal, llamado Satán en la Tierra. Y, por ello, algo había que podía aniquilarle: -la Cruz.

—¿Una simple cruz? ¿Por qué, extranjero? —dudó Koln.

—Porque para esa raza extinguida, La Cruz era el símbolo mismo de Dios. Y el signo temido por los vampiros, que podía exterminarles. También una estaca clavada en su corazón aniquilaba a los vampiros. Yo pensé, entonces, clavarle ese mineral afilado, a modo de estaca, en su corazón. Pensé que, si llevaba grabada la Cruz en el *cosmium*, el efecto podía era decisivo, si la resurrección de Mujfay, lograda por hechiceros maléficos, era obra de ese diablo llamado Satán. Y así resultó ser. Al mismo tiempo, su obra, por la aniquilación de su autor, quedaba también destruida. Y vosotros volvíais a la vida. Esa es la explicación de los hechos. Tal vez no me creáis, porque en vuestra gran sabiduría no entraban esos conocimientos. Es una prueba de que el ser humano, por sabio que sea, no siempre lo conoce todo, y que existen muchas cosas en el Universo, e incluso en este Universo paralelo, que no tienen fácil explicación científica. Hay algo más que ciencia en la vida y en el origen del Hombre, como acabo de comprobar personalmente. Ahora, creedme o no. Mi palabra fue la verdad. Mi conciencia se siente satisfecha.

Otro prolongado silencio siguió al relato de Moldaw. Zanak y Zora le escuchaban, en un estrado lateral, angustiadamente, escoltados por soldados de Espaciópolis. Los sabios legisladores se miraron entre sí. Parecían deliberar mentalmente.

Luego, Koln se incorporó. Fue a la gran computadora y presionó una serie de esferas de sus manos. El panel se llenó de luces centelleantes, de mil colores increíblemente bellos.

Por fin, Koln volvió majestuosamente al estrado de los jueces, con una placa plástica en sus manos. La tendió a sus compañeros. Uno a uno la examinaron en silencio, pasándosela entre sí. Finalmente, volvió a manos de Koln. Todos los ojos se fijaron en Moldaw.

Koln, en pie, clavó su mirada fulgurante en el acusado. Su voz retumbó en toda la sala, con una mezcla de autoridad y de dulzura:

—Dork Moldaw, patrullero del espacio. Esta es la respuesta de nuestra computadora a cuanto has narrado aquí ahora. Ella te ha escuchado, registrando todos los detalles de tu historia, y analizando a la vez tus reacciones psíquicas y emocionales. Caso de mentir alguien,- la computadora así lo revela implacablemente. Si se dice verdad, también lo detecta sin error posible. La respuesta está aquí. Y es definitiva, Moldaw. Tú has dicho LA VERDAD.

—Dios sea loado —musitó Moldaw, cerrando los ojos con un suspiro.

—Por tanto, tú y tus compañeros no sólo quedáis absueltos de toda acusación, sino que seréis considerados salvadores de Espaciópolis y de sus habitantes, y considerados como héroes a quienes agasajar y festejar debidamente. Luego, pedid lo que gustéis, que os será concedido. Nos has dado una gran lección, Dork Moldaw. Ahora sabemos que apenas si sabemos nada. Tienes razón: la Ciencia no lo explica todo, puesto que hay cosas que sólo ese Dios único que citaste puede saber y explicar... Repito: sois libres. Y pedid lo que gustéis. Aunque imagino que Zanak, tu prisionero, por ser un pirata del espacio, no deberá ser puesto en libertad...

—Señores de la Justicia y el Orden —habló Moldaw serenamente —, Sólo puedo daros las gracias por vuestra generosidad. Puesto que algo me ofrecéis, sólo dos cosas deseo pediros en este momento.

—Dalas por concedidas.

—La primera, que Zanak, por haberse rehabilitado de todo pasado delito con su comportamiento a mi lado, contribuyendo a triunfar en esta peripecia, concededle la libertad. Yo solicitaré lo mismo de las autoridades del Cosmos, y espero se lo concedan en mérito a su comportamiento. Por otro lado, permitidnos regresar pronto a nuestro propio Universo, a través de ese agujero dimensional que nos trajo

aquí, y os quedaremos eternamente reconocidos.

—Concedido todo. ¿Pero no os seduce la idea de vivir eternamente jóvenes en este lugar?

—Sinceramente, no —sonrió Moldaw. Y miró a Zora—. Preferimos vivir nuestra vida, envejecer y morir, como cualquier mortal. Pero en nuestro mundo, en nuestro sitio.

—Dadlo por hecho'. Volveréis en cuanto terminen las fiestas en vuestro honor. Y aún te haremos un último obsequio. Puedes conservarlo siempre contigo, o llevarlo a cualquier mercado interplanetario. Te harías inmensamente rico con su venta.

Y le tendió con ademán sencillo el fragmento afilado de *cosmium,* con su cruz grabada en la superficie. Moldaw contempló con asombro aquella especie de cuchillo rudimentariamente moldeado sobre la dura pieza de materia energética, cuyo valor sabía muy bien. Significaba una fortuna.

—Gracias —lo tomó, reverente—. Lo guardaré conmigo en un estuche adecuado, y jamás lo venderé. Será el más hermoso recuerdo de una aventura única e increíble. Será, a la vez, el símbolo mismo de ese Dios en quien ciegamente creo, señor. Por ello jamás me desprenderé de este objeto, os lo prometo.

—Bien. Esa es cuestión tuya, Moldaw. Tuyo es para siempre. Que te sirva para recordar a Espaciópolis durante el resto de tu vida.

—Os recordaré siempre, de eso no cabe Ia menor duda —sonrió Moldaw, volviéndose a Zanak y Zora, que acudían a él, radiantes, una vez liberados de toda vigilancia.

—¿Cómo agradecer tu generosidad, patrullero? —musitó Zanak, conmovido.

—Olvidándola —rió Moldaw, con simpatía. Luego, se volvió a Zora, la miró largamente en silencio y, por fin, uno fue a los brazos del otro, en un común e instintivo movimiento de ternura, de amor, de profunda emoción.

—Oh, Dork, te quiero... Te quiero desde que te conocí... —susurró ella, emocionada.

—Y yo a ti, Zora —musitó él—. Creo que el mejor festejo que podremos vivir en Espaciópolis será nuestra propia boda, ¿no te

parece?

—Dork, sería maravilloso...

—Yo os uniré de por vida —sonrió Alex Koln, con su aire majestuoso, permitiéndose una dulzura insólita en su expresión—. Sí, será también un hermoso recuerdo que Espaciópolis jamás olvidará...

Pero Dork Moldaw y Zora Wellah ya no le escuchaban. Estaban uniendo sus labios en un largo y apasionado beso. Un beso entre seres de mundos diferentes, allá en un Universo que no era el suyo. Pero que nunca olvidarían.

FIN